

# Olympia Russell



Un Conde  
para KATIA

# UN CONDE PARA KATIA

© Un conde para Katia.

© María Jiménez 2021

Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o por cualquier medio sin permiso escrito de la propietaria del copyright.

Esto es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

## Capítulo 1

Es duro llegar a los treinta y nueve años y darte cuenta de que toda tu vida amorosa ha sido un auténtico desastre.

Eso es lo que me había ocurrido un mes atrás, cuando había roto con Roberto, mi último amante casado. Pero después del hundimiento inicial, había intentado resurgir de mis cenizas y reinventarme. Había decidido dejar atrás de una vez por todas mi adicción a los hombres casados y hacerlo en un lugar nuevo y diferente.

Al principio todo había ido peor de lo previsto: mi alojamiento en E. —el pueblo al que había escapado y donde mi difunta tía abuela Juani había vivido— se caía a pedazos y, aparte de eso, al día siguiente de mi llegada me despidieron, por email y sin derecho a paro.

Sin embargo, hubo algo que me sujetó e impidió que cayera en un pozo negro sin fondo: ese algo era alguien en realidad. Era Patrick, un conde inglés que tenía un palacio en E.

Patrick me contrató para que gestionara su palacio como alojamiento rural, porque él no vivía en E. y tenía que volver a Inglaterra. Fue mi bote salvavidas, ya que me solucionó el problema del alojamiento y el trabajo.

Pero también fue mi alegría y mi tentación. Alegría, porque nada más conocerlo sentí la atracción más grande que había sentido hacia un hombre en toda mi vida. Y también porque el tiempo que pasé junto a él, durante el mes que permaneció en E. hasta su vuelta a Inglaterra, fue el más feliz de mis últimos años, por no decir de mi vida entera. Pero fue también mi tentación, porque Patrick estaba casado y yo había huído a E. con una única misión: no volver a tener una relación estable con un hombre casado.

A pesar de eso, disfrutamos de nuestro mes juntos y tuvimos incluso una última noche de amor —la más maravillosa de mi vida— como colofón a una historia que, aunque imposible, siempre guardaríamos en nuestro recuerdo y nuestros corazones.

Este bonito cuento es el que me contaba a mí misma todos los días desde la partida de Patrick, y cuando los pensamientos me llevaban al último punto, juro que oía violines y flautas en mi mente, como si fuera la protagonista de todas esas películas románticas a las que era adicta. Películas que acababan mal, pero que, a la vez, te llenaban el alma de inmensos sentimientos desbordantes.

Sí, lo cierto es que los primeros días después de la partida definitiva de Patrick, en vez de hundida, me sentí especial. Fuerte y privilegiada, por haber vivido lo que había vivido junto a Patrick y también por haber resistido y haberme demostrado a mí misma que una nueva Katia había nacido.

Pero luego vino el whatsapp de Patrick, a pesar de que nos lo habíamos prohibido, (él había sido más débil que yo), y junto con los mensajes que intercambiamos, desaparecieron los violines y las flautas.

Porque es duro llegar a los treinta y nueve años y darte cuenta de que toda tu vida amorosa ha sido un auténtico desastre, pero más duro aún es darte cuenta de que la vida te ha ofrecido una nueva oportunidad y tu la has echado por la borda por imbécil.

## Capítulo 2

La frase de whatsapp demoledora llegó dos semanas después de su partida.

Me quedé paralizada mirando la pantalla del móvil. Y juro que tardé más de cinco minutos en entender qué quería decir aquello que acababa de enviarme Patrick.

Y eso que si no la leí cien veces, no la leí ninguna:

***“Katia, acababa de llegar de hacer 10 km corriendo... Cansado, dije CANSADO”.***

La leí incluso en alto, para ver si escuchándome a mí misma terminaba de asimilarla . Pero, ¿cómo iba a asimilar que había sido una imbécil integral y había mandado mi vida a la mierda por un malentendido?

Cuando al final mi cerebro quiso aceptar lo que estaba leyendo, al cabo de aquellos cinco minutos interminables en los que ninguno de los dos escribió nada más, a pesar de que sabíamos que el otro estaba esperando al otro lado, eso mismo es lo que empecé a decirme a mí misma machaconamente:

***“Imbécil, imbécil, imbécil, imbécil, IMBÉCIL”.***

Al principio solo en mi cabeza, pero enseguida en alto, cada vez más fuerte, cada vez más enfadada, mientras daba vueltas alrededor de la mesita sobre la que había colocado el móvil, que era el hilo que me unía a Patrick

Después de otro par de minutos flagelándome e insultándome a mí misma con palabras más gruesas que aquella primera que me había venido a la mente, me di cuenta de que con aquello no iba a arreglar nada y, además, estaba claro que tenía que responder al último mensaje, porque Patrick, aparte de alucinando, estaría esperando una explicación. Pero, ¿qué le podía decir?

¡¡¡¿¿¿Que había entendido mal una palabra que había dicho él y en base a eso me había montado una película según la cual nuestro amor era imposible???!!!

Al final cogí el aparato y escribí lo único que podía decir:

***“Patrick, lo siento, entendí que estabas casado y por eso me alejé de ti”.***

Patrick tardó otros cinco minutos en responder, supongo que pasando por su propio proceso de asimilación. Cinco minutos que se me hicieron eternos y en los que llegué a rezarle a mi padre, a mi tía Juani y a todos los santos que se me pasaron por la cabeza. Les pedí, por favor, que nos dieran una segunda oportunidad, que nuestro amor no podía acabar así, que no era justo.

Al final, la respuesta de Patrick llegó, pero no en la dirección en la que habían ido mis ruegos.

***“Katia, no lo entiendo, bueno, sí entiendo que me malinterpretaste el primer día que nos conocimos, pero no entiendo que durante todo el mes que hemos pasado juntos no te hayas dado cuenta de que se había tratado de un malentendido. En ningún momento volví a mencionar que estaba casado ni el nombre de mi mujer (porque no la hay, claro)”.***

Y ahí empezamos una nueva conversación por whatsapp que nos quedó así:

**“Es verdad que no volviste a utilizar la palabra casado, pero creí entender que utilizabas eufemismos para no nombrar el tema”.**

**“¿Eufemismos?, sigo sin entender, explícate”.**

**“Decías: “mi vida en Inglaterra”, y yo pensaba que te referías a tu mujer”.**

**“ Me refería a mi trabajo, mi palacio, mi madre... y todos esos ámbitos de mi “vida en Inglaterra” de los que te hablé cantidad de veces, ¿por qué no iba a hablar de mi mujer si la hubiera tenido?”**

**“Sí Patrick, que tienes razón, que visto así no tiene sentido, pero para mi la palabra casado es tan fuerte y tiene tantas implicaciones, que pensé que a ti te ocurría lo mismo y por eso no la quería volver a decir en alto”.**

Al llegar a ese punto, Patrick se tiró otro buen rato sin contestar, hasta que por fin llegó su siguiente mensaje:

**“¿Por qué es tan fuerte para ti la palabra casado?”**

Y entonces fui yo la que esperé un tiempo, porque aquello me iba a resultar más difícil de lo previsto.

Durante nuestro mes juntos yo había creído entender que él estaba en la misma situación que yo y que, por tanto, todas las medias palabras y eufemismos que utilizábamos eran compartidos. Al igual que cuando él decía “Mi vida en Inglaterra” yo entendía “mi esposa”, yo daba por hecho que cuando yo le decía “ya he pasado antes por esto, no quiero repetirlo”, él entendía que yo había tenido relaciones estables con hombres casados.

Pero, evidentemente, no había sido así y ahora su pregunta directa me obligaba a contarle el tipo de vida que había llevado yo antes de conocerlo. El tipo de mujer que era. Pero, si ni siquiera mi madre y mis amigas lo sabían, ¿cómo se lo iba a contar al que consideraba el amor de mi vida? Si mi metedura de pata había sido antológica y había mandado nuestra incipiente relación a la mierda, aquello podía acabar sepultándola . En cualquier caso, si había un resquicio de recomponer lo nuestro, tenía que ser con las cartas boca arriba y con la verdad por delante, así que tragué saliva y me dispuse a contarle la verdad.

Aunque muy poco a poco.

**“¿Recuerdas que te dije que no podía repetir errores del pasado?”**

**“Sí.”**

**“Pues eso es lo que me recordaba la palabra “casado”: mis errores del pasado”.**

**“¿Quieres decir que el desengaño amoroso que te trajo a E. era un hombre casado?”**

**“Sí”**

**“Vaya”**

**“Sí, vaya..., y hay más”**

**“Más????”**

**“Si, él ha sido el tercer hombre casado con el que he tenido una relación. Vine a E. dispuesta a acabar con ese comportamiento tóxico. Por eso, cuando creí entender que estabas casado, te dije que era imposible que estuviéramos juntos”.**

**“Ya... Entiendo”.**

Pero después no escribió nada más. Y yo no sabía qué decir. Entendía que la información que acababa de darle era difícil de digerir, desde luego, no era una buena carta de presentación para una futura novia, que era lo que yo quería ser de él.

Mi corazón iba a mil, porque necesitaba que Patrick le diera una oportunidad a lo nuestro, pero entendía que necesitaba un tiempo para asumir lo que acababa de contarle. Aún así, tenía esperanzas. Igual no ese mismo día, pero si seguíamos en contacto, poco a poco se daría cuenta de que de que yo había superado mi tendencia a liarme con casados, él mismo era la prueba de aquello, ya que yo había huído de relacionarme con él precisamente porque creía que estaba casado.

Pero en ese momento, de repente, me di cuenta de que en su comportamiento y sus conversaciones conmigo durante el tiempo que estuvimos en E. también había algo que no me terminaba de encajar. Y decidí preguntárselo. Él también tenía que poner las cartas boca arriba. Si había una posibilidad de iniciar una relación juntos, ambos debíamos ser transparentes, no podía haber sombras y dudas en nuestra relación.

**“Patrick, tú también me dijiste que estar conmigo sería repetir algo que no querías que volviera a ocurrir, ¿a qué te referías?”**

**“Tuve durante muchos años una relación estable con una mujer que era terriblemente voluble, un día me amaba con locura y al siguiente me ignoraba, o me hacía cosas peores. Estuve muy enamorado, pero cuando acabé con ella también me prometí a mí mismo no repetir. Tu comportamiento era tan extraño y difícil de entender, que te vi parecida a ella. Ahora, con lo que me has contado, entiendo lo que te ocurría claro”.**

En ese momento fue como si saliera el sol. Patrick me acababa de decir que lo que le había hecho separarse de mí ya no era tal, que él también había malinterpretado mi comportamiento. Eso quería decir que teníamos una oportunidad, que mis oraciones habían sido escuchadas, y por eso, emocionada, me envalentoné y le dije:

**“Entonces , Patrick, ¿podemos empezar de nuevo? Todo ha sido una serie de malas interpretaciones, pero, en realidad, no tenemos ni un obstáculo de los que creíamos”.**

Y esta vez no tardó nada en contestar:

**“No, Katia, esto no cambia nada. En realidad, a pesar de los malentendidos, no debemos estar juntos. Quizá no eres una mujer voluble como yo me temía, pero lo que me has contado no es para mí, Katia. Me gustas mucho, ya lo sabes, y yo también creí que podría empezar algo nuevo y maravilloso contigo, pero no va a poder ser. Soy ingeniero, soy un tipo sencillo y ordenado, no me convienes ”.**

## Capítulo 3

No acabó ahí la conversación, claro. Estuvimos más de una hora intercambiando whatsapp, pero no conseguí que cambiara de opinión. No llegué a suplicarle, hasta ahí llega mi orgullo aún, pero saqué toda la batería de razones que se me ocurrieron para intentar convencerle.

Pero ahí descubrí una nueva característica de Patrick que me había pasado desapercibida durante el mes que habíamos coincidido en E. : era muy cabezota. O, como prefería decir él: cuando tomaba una decisión, no se echaba para atrás.

Me dijo que era cierto que había sido débil y me había escrito un whatsapp él primero (argumento que yo utilicé para intentar desarmarlo), pero que no lo había hecho para tentarme o reiniciar nuestra relación, sino solo para saber cómo estaba. Así que no, me insistió, no me había dicho que no había posibilidad de lo nuestro por la información que acababa de conocer: mi tendencia a liarme con casados, sino porque la decisión estaba tomada desde que nos habíamos despedido en E.

“Katia —me dijo— nos atraemos muchísimo y somos compatibles en todo lo que hemos probado juntos, pero creo que todos los malentendidos y dificultades que hemos encontrado han sido por algo, creo que si estuviéramos juntos, acabaríamos haciéndonos daño”.

No estuve de acuerdo, por supuesto, y seguí rebatiéndole un rato, pero al cabo de una hora tiré la toalla. No se le puede obligar a nadie a estar contigo si no quiere.

Nos despedimos de nuevo, esta vez por whatsapp, en los mismos términos que dos semanas antes, cuando lo habíamos hecho físicamente. Nos dijimos de nuevo que no volveríamos a contactar uno con el otro, excepto para los temas profesionales, claro, ya que que él, aparte del amor de mi vida, era mi jefe.

Y yo hice como que aceptaba el trato, pero cuando aparté el teléfono de mi, después de su último whatsapp diciéndome: **”que la vida te sea benigna, Katia, y todos tus sueños se hagan realidad”**, (al parecer, era a él al que le sonaban violines y flautas en la mente ahora), yo cambié mis insultos hacia mi misma por un nuevo lema en mi vida, que dije en voz bien alta:

—No te vas a librar de mí así como así, Patrick Sinclair, de eso nada.

## Capítulo 4

Él no era el único cabezota en la pareja que hacíamos. Lo que había ocurrido aquella mañana de whatsapps inesperados y revelaciones más inesperadas aún había abierto la puerta a una nueva Katia, que no es que fuera desconocida para mí, pero que llevaba demasiado tiempo dormida.

Porque sí, yo siempre he sido de armas tomar y no me he amilanado nunca ante las dificultades. Por eso había conseguido sacarme la carrera pese a ser hija de una viuda con muy poco dinero, por eso había conseguido un curro de periodista —sí, mal pagado, pero curro de periodista — mientras que la mayoría de mis compañeros de carrera no habían conseguido pasar de cajeras o reponedores . Y por eso había sido capaz de abandonar todo y trasladarme a E. sin conocer a nadie.

Después de saber que Patrick estaba libre, no iba a dejarlo marchar así como así. A pesar de su insistencia en negarlo en los whatsapps, yo sabía que se había asustado cuando se había enterado de mis relaciones con casados, sabía que esa había sido la razón por la que se había negado a replantearse una relación conmigo después de disuelto el malentendido que nos había separado.

Yo no era una mujer voluble, como me había querido definir él, pero si era una mujer complicada, porque me había metido en relaciones complicadas.

Y eso le daba miedo.

Y yo entendía que se lo diera, porque, tal y como me había dicho, él también venía de una ruptura con una mujer complicada. Pero yo tenía una información que a él le faltaba: yo sabía que no había nada que temer.

Mi adicción a los casados había terminado definitivamente, porque había hecho esfuerzos para ello, me lo había trabajado, ¿o no era suficiente prueba el haber dejado mi vida atrás y haber iniciado una nueva en un lugar extraño y sola?.

Así que, ¿iba a dejar que el amor de mi vida pasara de largo por un par de malentendidos y un miedo sin fundamento?

No, no y no, me dije repetidas veces.

Y luego salí a tomar el café con Leticia, Lili y Marta.

Otro de los aspectos más maravillosos que me había ofrecido mi nueva vida en E. era la amistad de tres mujeres extraordinarias. Seguramente, si me las hubiera cruzado por Madrid no les habría echado una segunda mirada (bueno, a Lili sí, porque era espectacular y no había persona en el mundo que no la mirara dos y tres veces) y si me hubieran propuesto hacerme amiga de ellas, me habría dado mucha pereza, la verdad: ¿qué tenía yo en común con una peluquera y una tendera de pueblo y una esteticien mejicana y de pueblo también? Nada, habría contestado un mes atrás.

Y, sin embargo, gracias a que en E. no había tenido opción de esquivarlas, había descubierto que no es necesario tener en común muchas cosas con la gente para tener una relación

enriquecedora. Al contrario, en realidad es un regalo de la vida el poder conocer gente diferente a ti.

Yo adoraba a mis amigas de Madrid, pero las tres (porque también eran tres) eran clones de mi: la misma edad, todas universitarias, todas del mismo barrio, todas con los mismos intereses y gustos (excepto en cuestión de hombres, algo fundamental si se quiere mantener la amistad). Nos llevábamos de maravilla, nos reíamos mucho juntas y también nos apoyábamos en los malos momentos, pero no ampliábamos horizontes.

Sin embargo, con Lili, Marta y Leticia todo era novedad para mi. Empezando por la edad, ya que las tres eran mayores que yo, y siguiendo por los intereses. Aún recuerdo, divertida, la conversación que tuve con Leticia al día siguiente de que se fuera Patrick, cuando yo estaba muy tristonza, sobre las diferencias entre los detergentes que vendía en la tienda. Consiguió interesarme —algo inaudito teniendo en cuenta el tema —y, sobre todo, sacarme unas cuantas carcajadas. O dos días después, el café con demostración de Marta incluida —en la cabeza de Lili —de qué peinados hacían más joven o ayudaban a resaltar los ojos o la boca.

Si me llegan a decir un mes atrás que iba a tener ese tipo de conversaciones con ese tipo de mujeres, habría dicho que ni de casualidad, pero ahí estaba, encantada de haberlas conocido y de escucharlas y reirme con ellas.

Así que el día que descubrí que Patrick era un hombre libre pero cabezota, lo primero que se me pasó por la cabeza nada más terminar de mensajearme con él fue ir a ver a mis nuevas amigas.

Mientras dirigía mis pasos a la taberna en la que habíamos quedado aquel día (hacíamos un turno riguroso en las tres que había en el pueblo, para hacerles gasto a todas, una costumbre que aprendí al vivir en un pueblo), solo pensaba en relajarme con ellas. En olvidar un poco el disgusto que me había llevado con la conversación con Patrick. Pero cuando estaba a punto de entrar a la taberna, una pregunta se me apareció en la mente: “Katia —me dije a mi misma —¿ qué harías si estuvieras en Madrid y en vez de con Lili, Marta y Leticia te reunieras con Ana, Maribel y Marina?”

Y la respuesta, indudable, me hizo cambiar de planes.

—¡¡¡Lo sabía!!! —soltó Leticia, poniéndose en pie de golpe. Y después riendo a carcajada limpia y dándome un sonoro beso en la mejilla antes de volver a sentarse.

Lo exagerado de su reacción no me permitió fijarme en un primer momento en que Lili y Marta también sonrieron de oreja a oreja. Sí les oí cuando soltaron después, en voz mucho más baja:

—¡Yo también!

—¡Yo también!

¿Qué había provocado aquella reacción unánime?

Que yo había decidido hacer con ellas lo que habría hecho con mis amigas de Madrid: contarles qué me había ocurrido con Patrick. Y había empezado por lo fundamental y menos delicado: que me había enamorado de él.

Pero claro, después de escucharlas entusiasmadas con la noticia, ya que las tres me confesaron que desde que nos habían visto juntos habían tenido el pálpito de que estábamos hechos el uno para el otro, tuve que seguir contándoles la historia: por qué no estábamos juntos.

Y aquello era más delicado.

Porque me exponía ante ellas como no me había expuesto nunca ante nadie, aparte de ante Patrick hacía un momento.

Pero me arriesgué. De perdidos al río, me dije, había nacido una nueva Katia, el tercer nacimiento, después del primero treinta y nueve años atrás y el segundo un mes atrás. Iba a empezar a ser transparente, a contar la verdad, a asumir lo que había sido y no iba a volver a ser nunca más.

Si quería recuperar a Patrick, me parecía un ejercicio indispensable, así es que me lancé y se lo conté.

Y tuve un minuto de arrepentimiento, el que duró el silencio de ellas mientras me miraban con ojos como platos:

—¿Quieres decir que te tiraste todo el mes pensando que Patrick estaba casado por un malentendido? —dijo finalmente Leticia, centrándose en lo que menos me preocupaba de lo que les había contado.

—Pero, ¿cómo no se te ocurrió preguntarnos? —dijo entonces Lili, siguiendo por el mismo camino.

—Eso, Katia, las tres le conocemos y sabemos que es soltero —apostilló Marta.

Y sí, les tuve que reconocer que había perdido mi oportunidad con Patrick por aquel malentendido, pero al final ellas se mostraron comprensivas después de asimilarlo. A la que le estaba costando asimilar que no nombraran el otro tema, más delicado, que les acababa de contar, era a mi. Al final, se lo pregunté directamente:

—No me habéis dicho nada de mi adicción a las relaciones con hombres casados —les dije un poco tímida y avergonzada. Aquel había sido mi secreto más inconfesable hasta una hora antes, pero ahora que ya lo había sacado, necesitaba que me dijeran algo. Había dado por hecho que les escandalizaría, como parecía que había ocurrido con Patrick, pero, una vez más, volvieron a sorprenderme, en el buen sentido.

—¿Y por qué tendríamos que decirte algo? —empezó Leticia.

—Eso —dijo Lili.

—Lo que hagas con tu vida es cosa tuya —añadió Marta.

—Como mucho, quien tiene que pedir cuentas es la mujer de tu amante. Y a él, no a ti. —añadió Leticia.

—Eso —apostilló Lili.

—Eso —repitió Marta.

E, inmediatamente, pasaron al tema que les interesaba de verdad, olvidando aquello que me había martirizado desde que con veinte años había iniciado mi primera relación con un hombre casado.

No se si aquella comprensión era porque ellas eran especiales o porque realmente el tema había que tomarlo así, algún día tendría que darle un par de vueltas a aquello y a por qué había tenido yo tanto miedo a hacer público entre la gente que quería, y que me quería, algo que, al parecer, no era para tanto, pero en ese momento me tuve que centrar en la conversación de ellas. Porque se habían embalado de nuevo a hablar de Patrick y de mi. De nuestra relación, como ya la llamaban entre ellas.

—Esto hay que solucionarlo —dijo Marta—, hacéis una pareja maravillosa y tenéis que acabar juntos.

—Sí, es lo que quiero yo, pero él ha cambiado de opinión —dije yo, tristonera.

—Bueno, Katia, Patrick necesita tiempo. Yo le conozco bien —continuó la peluquera—, seguramente se ha quedado en blanco cuando tú le has contado lo de tu malentendido.

—Y lo de que me he liado con tres casados, creo que eso es lo que más le ha alejado de mi.

—No creo que sea por eso —intervino entonces Lili—, no le conozco tan bien como Marta, pero no creo que sea ese el problema.

—Yo tampoco lo creo —añadió Leticia—, y yo si lo conozco desde niño y coincido con Marta, es un hombre maravilloso, pero un poco lento.

—¿Lento? —le pregunté yo, sin entender a dónde quería ir a parar.

—Sí, Leticia quiere decir que le cuesta asimilar los cambios y su primera respuesta ante algo nuevo suele ser no. Luego, si le das dos días, reflexiona, y la mayoría de las veces acepta —contó entonces Marta—. Me ha pasado un montón de veces. De hecho, suelo bromear con él y le digo que cuando quiero hacer algo muy diferente con él, se lo digo tres días antes para que el día que toca ya me diga que sí.

—Sí, es un hombre tranquilo, lo cual es una buena condición, pero para algunas cosas se lo toma con demasiada calma —añadió Lili.

—Yo sé lo que tienes que hacer —dijo de pronto Leticia, como si hubiera encontrado la solución—, tienes que ir a Inglaterra, presentarte allí sin avisar. Cuando te vea, reconsiderará lo que te ha dicho. Seguro.

—¡¡Qué buena idea!! —saltó Marta.

—Sí —dijo Lili, aplaudiendo.

Y yo pensé que se estaban volviendo locas. ¿Cómo iba a presentarme en Inglaterra sin avisarle? Acababa de decirme que no quería saber nada de mí, y ellas acababan de decirme que odiaba los cambios y las cosas imprevistas. aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Pero..., si odia los cambios..., y no me quiere... —atiné a decir tan solo, balbuceando.

—Eso de que no te quiere, ni se te ocurra volver a decirlo —dijo Leticia seria—, yo he visto como te mira y desde que le conozco, no le he visto mirar así a nadie, y eso que ha traído un montón de veces aquí a la rubia tonta aquella con la que salía. Tu eres la mujer de su vida, no tengo ni una duda —terminó, solemne.

—Y respecto a los cambios —añadió Marta—, es cierto que no le gustan si se lo preguntas directamente o le haces cambiar una decisión de pronto, como le ha ocurrido hoy contigo, pero también es cierto que cuando tiene las cosas delante de sus narices suele reaccionar muy bien. No le da tiempo a pensar y se deja llevar por su corazón, algo que de normal, como es tan cuadrículado, no le sale.

—Efectivamente —volvió a tomar la palabra Leticia—, recuerda que aceptó que empezaras a trabajar con él inmediatamente en cuanto te vio en la tienda y yo se lo propuse. Cuando tiene las cosas delante de sus narices, sabe escoger bien, y acierta. Tienes que ir a Inglaterra ya. — Terminó, más decidida aún que la primera vez que lo había dicho.

No acepté inmediatamente, me revolví, por supuesto, durante un buen rato, pero al final las tres mujeres lograron convencerme. Y no solo eso, sino que me metieron prisa.

—El plan es perfecto, Katia —dijo Lili—. Él ya sabe lo que hay y, aunque te ha dicho que no, en pocos días empezará a dudar y a acordarse de ti y a pensar que se ha equivocado. Y justo en ese momento de duda, aparecerás tú. Y te verá. Y lo inevitable ocurrirá.

—Vosotras estáis muy convencidas, pero yo no lo veo tan claro. Además, no tengo ni idea de dónde buscarle.

—Yo sí —dijo Marta, casi sin dejarme terminar la frase—. Nunca he ido a visitarlo, aunque

me ha invitado repetidas veces, pero conozco su dirección de memoria: la he escrito infinidad de veces, porque de niños nos escribíamos cartas, cuando aún no existía internet.

—¿Y sigue viviendo en el mismo sitio? —respondí, asombrada, porque yo había cambiado varias veces de domicilio desde mi niñez, como la mayoría de la gente.

—Caro, Katia, vive en un palacio enorme rodeado de hectáreas de terreno, con árboles y hasta un lago. ¿A dónde va a ir mejor que en ese lugar?

—Ah, es cierto —dije entonces, recordando lo que él me había contado —si ya me ha dicho que sigue viviendo con su madre.

En ese momento Marta cambió su expresión afable habitual y puso cara de desagrado.

—Sí, su madre. La razón por la que no he ido nunca a visitarlo a pesar de las invitaciones.

Aquello confirmaba mis sospechas surgidas cada vez que Patrick la nombraba. La condesa tenía que ser de armas tomar .

—¿La conoces? ¿Tan terrible es?

—A la primera pregunta, sí, poco, por suerte y a la segunda, sí también, a secas.

Lili y Leticia echaron una carcajada, y la segunda apostilló.

—Es la típica señora a la que parece que le han metido una escoba por el culo. Ha venido pocas veces al pueblo, pero cada vez que lo ha hecho no hemos conseguido verla sin el rictus de desagrado que la acompaña. No sabe una palabra en español ni se esfuerza en aprenderla. Fíjate que las dos veces que ha entrado en la tienda se ha dirigido a mí en inglés, y como no entiendo ni una palabra, se ha tenido que ir sin nada, fuera lo que fuera a comprar.

—Sí —continuó Marta—, mi contacto no ha sido mucho mayor, a pesar de que sabe que soy la mejor amiga de su hijo desde niño. No he conseguido que me dirija la palabra jamás, ni en inglés ni en ningún otro idioma. Sólo me dirigía miradas de desprecio, de niña, y de terror, a partir de que entré en la adolescencia.

—¿De terror? —le pregunté sin entender.

—Sí, tenía miedo de que su hijo se enamorara de mí y los maravillosos planes de boda que tenía para él se vinieran abajo. Luego ya no la he visto mucho, porque lleva años sin aparecer por aquí, en cuando Patrick pudo venir solo, ella se borró de los viajes a E., pero supongo que si me viera ahora volvería al desprecio solo.

—¿Y queréis que me presente en Inglaterra con ese panorama?. ¿Patrick sin querer nada de mí y esa madre horrible a su lado?.

En ese momento intervino Lili, que había estado callada mientras hablábamos las demás.

—Katia, Patrick está enamorado de ti y tú de él ¿vas a acobardarte por una mujer a la que, seguramente, verás muy poco?

—Aparte de que Patrick me ha contado muchas veces que, a pesar de vivir con su madre, pasa semanas sin verla. Ese palacio debe ser más grande que todas las casas de E. juntas —añadió Leticia, exagerando un poco, pero confirmando, en definitiva lo que Patrick ya me había dicho respecto a la convivencia con su madre.

Y al final me convencieron. No ese mismo día, pero el tema de conversación salió y salió cada vez que nos juntamos.

Yo ya había decidido luchar por el que era, sin la menor duda, el amor de mi vida, pero había pensado hacerlo de otra manera. Con mensajes y llamadas. Incluso con un encuentro físico entre los dos, pero siempre pactado de antemano. Presentarme en Inglaterra sin avisar me parecía demasiado arriesgado e, incluso, contraproducente.

Sin embargo, después de la insistencia de mis amigas, decidí que guardaría mis miedos y reticencias y me presentaría en Inglaterra, porque, en realidad, ¿qué tenía que perder si ya lo tenía todo perdido?.

Solo quedaba organizar la parte logística, que fue la más fácil. Para no dejar el alojamiento desatendido, mis tres nuevas amigas organizaron turnos entre ellas para que pudiera irme una semana y, finalmente, me despedí de ellas con un abrazo inmenso a cada una en el pequeño aeropuerto de la provincia en el que cogí un vuelo rumbo a Inglaterra.

## Capítulo 5

El viaje fue muy tranquilo y en un principio todo salió tal y como lo habíamos preparado. Nada más llegar al aeropuerto cogí un bus que me llevó a la ciudad más cercana al lugar donde estaban las tierras y el palacio de Patrick y una vez allí cogí un taxi.

Llevaba la dirección apuntada en el móvil, y menos mal, porque el taxista que me llevó intentó decirme algo y ahí comprobé que mi inglés me iba a servir de muy poco. No sé si por los nervios o porque realmente mi formación era muy deficiente, pero ya había comprobado antes en el aeropuerto que iba a sufrir mucho con el tema del idioma.

En cualquier caso, me senté en la parte trasera del taxi y decidí olvidar el asunto e intentar relajarme: la parte final de mi viaje estaba a punto de concluir y me iba a enfrentar por fin a Patrick. Estaba deseando verlo, pero, a la vez, estaba muerta de miedo, ya que, a pesar de que “las chicas” (nos llamábamos a nosotras mismas así), lo tenían muy claro, yo no las tenía todas conmigo y tenía miedo de que Patrick se enfadara al verme y mis últimas opciones con él desaparecieran definitivamente.

El caso es que me concentré en el paisaje para intentar relajarme. Había calculado desde casa que ese último viaje sería de un cuarto de hora. Nada más salir de la ciudad en la que había cogido el taxi, nos adentramos por un camino en el que el verde y el poco tráfico eran la tónica. Al principio, pasamos por varias zonas de campos, salpicados por algunos árboles, pero la arboleda fue poco a poco creciendo y llegó un momento en el que parecía que íbamos por el medio de un bosque.

Todo transmitía calma y paz, pero a medida que iban pasando los minutos yo empecé a ponerme más nerviosa.

Estaba a punto de llegar y no había preparado qué decirle a Patrick. Eso, sí estaba en el palacio, cosa que yo esperaba que así fuera, ya que era sábado y, en principio, no tenía que estar trabajando en Londres.

Cuando mis pensamientos llegaron a ese punto, el bosque fue abriéndose y, de repente, tras subir una pequeña cuesta en la carretera, una enorme zona verde, sin árboles, se presentó ante nuestro ojos y, al fondo, muy lejos aún, pero de manera señorial e indiscutible, apareció el edificio más grande, majestuoso e imponente que había visto en mi vida.

Solo había visto algo parecido en la tele, en series como Downton Abbey, pero yo diría que lo que estaba ante mis ojos era más grande e impresionante aún.

Al frente se extendía una recta enorme, al final de la cual se veía el edificio hacia el que nos dirigíamos. Yo calculaba que estaría a más de un kilómetro aún. En unos minutos iba a estar frente al palacio natal de Patrick, pensé, y mi corazón se puso a mil, sonando atronador en mis oídos. Pero en ese momento otro sonido llamó mi atención: el que hizo el taxi al frenar y parar totalmente.

El conductor se limitó a parar el coche y no dijo nada, así que yo miré alrededor para intentar averiguar qué podía haber provocado aquella parada en medio de la nada, ya que aún estábamos

lejos de la entrada del palacio, pero no vi nada: ni animal ni persona ni objeto que hubiera provocado la parada.

Y el hombre seguía sin decir nada. Y sin arrancar el coche.

Estaba claro que tenía que preguntarle por qué, pero, como tenía que hacerlo en inglés, un nudo atenazaba mi garganta.

Al final exprimí mi cerebro y fui capaz de preguntarle qué ocurría, en mi macarrónico inglés.

El hombre me contestó con una parrafada enorme de la que solo entendí el final: “veintisiete libras”.

Le dije entonces que no entendía, esa expresión sí me la sabía bien en inglés, y él volvió a soltar otra parrafada ininteligible pero acabó señalando el taxímetro que tenía frente a él, donde aparecía en números rojos brillantes lo que ya había entendido: veintisiete libras.

Bien, estaba claro que el hombre había dado por terminada la carrera, pero estábamos aún muy lejos del castillo, en medio de la nada, así que me envalentoné y le dije “No end, no end”, varias veces, a ver si el hombre pillaba lo que yo quería decir: que me llevara hasta la puerta misma del castillo.

Pero entonces él volvió a repetir otra parrafada ininteligible mientras negaba repetidas veces con la cabeza.

Alucinada, no entendía a qué venía aquella negación, el hombre pareció entender mi desconcierto y entonces me señaló hacia un punto del exterior en el que no había reparado hasta entonces:

Era un cartel en hierro forjado pintado en negro con unas elegante letras doradas: “**Northwater Castel**”, ponía. Y entonces me fijé un poco más y a los lados vi unas puertas de reja, altísimas, abiertas de par en par.

Claro, estábamos a la entrada de la propiedad y el hombre me dejaba en sus puertas.

Es lo que habría hecho si hubiera llevado a alguien a mi casa en Madrid, que lo habría dejado frente al portal, la diferencia es que entre el portal y mi casa había una decena de metros, y entre el portal de la “casa” de Patrik y su casa había más de un kilómetro.

Suspiré mientras abría la cartera para sacar el dinero para pagarle. Le había entendido, y el hombre ahora sonreía de oreja a oreja, aliviado.

Le pagué y salió pitando de vuelta, dejándome en aquel lugar con la única compañía de mi pequeña maleta.

Yo había visto aquella película un montón de veces. La de la chica que se baja de un taxi ante un camino solitario con la única compañía de una maleta. Y comienza a andar, poco a poco, pero con decisión, dirigiéndose al lugar que va a ser fundamental en su vida de ahí en adelante.

La escena se suele dar al principio de la película o al final, y es muy sugerente, ya que, si es al principio, te da la pista de que algo nuevo y emocionante le va a pasar. Y si es al final, suele ser un reencuentro, una vuelta al hogar, o la llegada al lugar o la persona soñada durante toda la película.

No estaba, por supuesto, en una película, sino en mi vida, pero el significado era el mismo: allá al fondo veía el magnífico palacio de Patrick y, mientras empezaba a andar hacia adelante, noté cómo algo nuevo estaba a punto de comenzar.

Y nada más pensarlo, ocurrió, mucho antes de lo esperado y empezando por detrás de donde yo estaba, no por delante.

Había recorrido unos cincuenta metros cuando oí el inconfundible ruido de un motor de coche. A pesar de ir caminando por un camino asfaltado, estaba todo tan solitario y tranquilo, que me sorprendió, al igual que me había sorprendido la aparición de Patrick y Marta en el descapotable en el camino hacia la sequoia.

En el momento en el que este recuerdo apareció en mi mente, me di cuenta de que el ruido lo estaba produciendo el mismo descapotable rosa de aquel día y, mientras se acercaba hacia mí, distinguí, con asombro creciente, a una rubia de copiloto y al mismísimo Patrick conduciendo.

## Capítulo 6

El descapotable paró cuando llegó a mi altura, por supuesto, pero el siguiente minuto fue uno de los más tensos y extraños de mi vida. Para empezar, Patrick se me quedó mirando con la misma cara que habría puesto si se hubiera encontrado con un unicornio en medio del camino. Se notaba que estaba en estado de shock y no era capaz de articular palabra. Estaba claro que yo era la última persona a la que habría esperado encontrar en ese lugar y en ese momento.

Que iba a ocurrir algo así, ya lo había previsto antes de partir, claro. De hecho, era ese factor sorpresa el que, según Letizia, Marta y Lili, yo tenía que aprovechar para doblegar la negativa de Patrick a retomar lo nuestro. O, más correctamente, a empezarlo.

Pero cuando había ensayado mentalmente el momento, en mi imaginación siempre aparecíamos Patrick y yo.

Solos .

Sin embargo, ahí estábamos tres personas, y la rubia acompañante no era la dueña legítima del descapotable, es decir, la madre de Patrick, ya que era, sin duda, más joven que yo.

Así que yo estaba igual de paralizada que él, y con el cerebro a toda pastilla, intentando recolocar aquello.

Al final fue la rubia la que ayudó a romper el momento de parálisis, porque miró a Patrick y con la voz más dulce y sugerente que había oído en mi vida, le dijo algo.

Algo que no llegué a entender del todo, por supuesto, pero que sí logré descifrar más o menos gracias a las tres palabras que sí pillé y, sobre todo, a su gesto de extrañeza:

“¿Qué haces, Patrick? ¿Quién es esta mujer?”

Algo así debió de decir, vamos.

El caso es que aquello sirvió para que Patrick reaccionara.

La miró, le contestó una frase más corta que la que había dicho ella y que yo seguí sin entender, pero que interpreté como “luego te cuento” y, finalmente, se dirigió a mí:

—Katia, ¿qué estás haciendo aquí?

Bien, en mi imaginación también había supuesto que esa iba a ser su primera frase cuando nos encontráramos pero, una vez más, la presencia de la rubia distorsionaba mis planes. En cualquier caso ¿qué otra cosa podría hacer aparte de continuar con ellos? Tenía que decirle la verdad, ya que, “pasaba por aquí”, no era una opción de respuesta y “me han transportado hasta aquí unos extraterrestres en su platillo volante”, tampoco.

—Patrick, he venido a verte y hablar contigo. Te echo de menos.

Así, sin anestesia.

La joven rubia, tal y como yo había supuesto, no pareció entender ni una de mis palabras, porque continuó con su expresión mezcla de curiosidad, impaciencia y fastidio.

Pero Patrick sí me entendió, claro, y abrió la boca y la cerró varias veces, como si fuera un pez fuera del agua, hasta que pudo articular palabra una vez más:

—Eres increíble, Katia —y, por primera vez, acompañó sus palabras y su expresión de una sonrisa que hizo que mi corazón se pusiera a mil de nuevo, pero esta vez de amor—, anda, sube al coche y hablamos con calma cuando llegemos a palacio. Por cierto —continuó después de unos segundos de silencio—, te presento a Amanda.

Y, nada más decirlo, se dirigió a la tal Amanda y le dijo, supongo, algo parecido a lo que me había dicho a mi.

Todo era extraño, no se parecía nada a lo que había imaginado, como suele suceder casi siempre, pero, sobre todo, necesitaba saber quién era aquella tal Amanda. Pero Patrick no me dijo nada más en aquel momento y yo me di cuenta de que no tenía otra opción. Iba a montarme en el descapotable y dejar que Patrick me llevara a su palacio y esperar pacientemente a que me diera una explicación.

Patrick, en cualquier caso, no me dio opción a negarme, porque después de hablar con la rubia, salió del coche, cogió mi maleta y la metió en el pequeño maletero del coche y luego trajinó un poco en el asiento junto a la rubia y me invitó a sentarme. A su lado. El de la rubia.

Al parecer, el coche daba para tres plazas ajustadas y, aunque a mi era lo último que me apetecía hacer, me senté finalmente junto a ella.

Era evidente que a ella le apetecía tan poco como a mí, porque se le quedó congelada la expresión en un rictus desagradable. Aún así, se notaba que la chica era de muy buena educación, porque después de que Patrick hiciera una presentación típica alternando los nombres y las miradas de una a otra : “Katia, Amanada, Amanda, Katia”, ella me ofreció su mano a modo de saludo.

Yo se la estreché y dos cosas me llamaron la atención, la piel tan fina y suave que tenía —esa no había cogido un estropajo en toda su vida—, pero también lo blandita que la dejaba, tanto, que mi saludo, sin ser excesivamente apretado, quedó como el de un camionero al lado del suyo.

Luego me dirigió también una palabras, pero en vez del “*nice to meet you*”, que yo había esperado, me dijo, en francés, “*enchantée*”. No se si lo hizo porque se lió al ver que yo era extranjera y me soltó el saludo en el único idioma extranjero que conocía, o porque entre las de su clase era lo que se hacía.

Lo que sí sé es que mi “*Igualmente, encantada*” que solté yo en clarísimo español, fue producto de los nervios, porque tanto como para decirlo en inglés ya me daba el cerebro.

En cualquier caso a ella pareció darle igual. Mantuvo un segundo su sonrisa de compromiso, e hipócrita, y se dirigió de nuevo a Patrick, con el que comenzó a hablar y no paró hasta llegar a la puerta de entrada del palacio.

De esa conversación solo pillé varias veces mi nombre: Katia, y el nombre del pueblo: E. Ella hablaba más que él y sonaba interrogativa, así que deduje que le estaba sometiendo a un tercer grado para saber quién era yo.

Qué suerte, porque iba a poder saciar su curiosidad en el momento, ya que Patrick le contestaba pacientemente.

Yo, sin embargo, iba a tener que esperar a que Patrick sacara ese tiempo que me había dicho, para enterarme de quién era ella.

El camino hacia el palacio, aunque fue corto, ya que lo recorrimos en menos de un minuto, sirvió para que me fuera preparando.

De todo el malentendido que había tenido con Patrick durante nuestro mes juntos en E. había habido algo que no habíamos aclarado.

Era el “I love you” que le había oído soltar un día por teléfono y que había servido para

apuntalar mi idea de que estaba casado.

Cuando todo se destapó, tras nuestros whatsapps, no es que hubiera olvidado aquello, pero sí le había dado una nueva interpretación: deduje que mi deficiente inglés y mi paranoia con que estaba casado se habían juntado para entender algo que en realidad él no había dicho.

Pero ahora, sentada al lado de aquella rubia que, sin lugar a dudas por la forma en que se hablaban, tenía una relación muy estrecha con Patrick, todas las alarmas se encendieron de nuevo.

Solo al llegar a la entrada del palacio, cuando aparcó frente a las escaleras de entrada, se me ocurrió quién podría ser ella sin poner en peligro todo lo que había reconstruido en mi mente referido a él:

Su hermana.

Sí, seguro que era su hermana.

## Capítulo 7

No era su hermana.

No hubo suerte. Y, además, lo descubrí enseguida y de la peor manera posible.

Nada más aparcar el coche, las puertas principales del magnífico palacio se abrieron de par en par y un hombre y dos mujeres vestidas con el mismo tipo de uniforme que llevan criados y criadas en las películas y series tipo *Downton Abbey*, salieron por la puerta. Todos lucían las típicas sonrisas de empleados educados, pero sometidos a las convenciones sociales de siglos pasados.

Me parecía que había hecho un viaje en el tiempo, todo era fascinante y extraño, pero no podía concentrarme mucho en aquellas sensaciones, que me habrían fascinado en otras circunstancias, porque mi preocupación en ese momento era saber quién era aquella rubia que tenía un trato tan cercano con Patrick, el amor de mi vida.

Nos bajamos los tres del coche y yo me pegué a Patrick, porque me sentía como un pulpo en un garaje. El garaje más grande y elegante del mundo. Empezó un intercambio de palabras entre Patrick, la rubia, y el criado, mientras las dos jóvenes criadas miraban sonrientes. Me pareció entender que hablaban de un viaje a Londres, y también oí repetidamente la palabra “wedding” [1], que sabía perfectamente qué quería decir.

En ese momento, cuando empezaba a notar sudores fríos en mi espalda, presagio de lo que iba a venir, las dos criadas se metieron un momento en el palacio y salieron inmediatamente con tres maletas, de una marca de la que yo no podía comprarme ni una carterita para monedas, y, ayudadas por el criado, las metieron en el maletero del descapotable y colocaron la que no cabía en uno de los asientos del coche.

Y luego vino lo que confirmó el desastre. Lo que me hizo sentirme como un insecto insignificante y ridículo que solo quería desaparecer.

Porque entonces la rubia, poniendo su maravillosa sonrisa perfecta, con un gesto encantador de su cabeza, agitó su melena como si fuera el anuncio de champú más exclusivo, acercó los labios hacia los de Patrick y le pegó un maravilloso y jugoso beso.

Que no debió durar mucho, pero a mi se me hizo eterno.

Luego como una hembra felina y elegante, se acercó al descapotable, se introdujo en él y, después de arrancar, sacó su mano, saludó como saludan las reinas y cogió rumbo hacia la salida del palacio.

## Capítulo 8

Yo solo quería desaparecer. Estaba claro que aquella joven tenía una relación amorosa con Patrick. Seguramente era la receptora del “ *I love you* ” que yo había escuchado en E. ¿Cómo había sido tan idiota? ¿Cómo se me había ocurrido presentarme en Inglaterra sin avisar? Y, lo peor de todo, ¿Me había mentido Patrick? ¿Estaría casado a pesar de todo?

Todas aquellas preguntas y frases de autoflagelación se me agolpaban en la mente mientras mi corazón golpeaba con fuerza. No me atrevía a mirar a los lados. A mi derecha estaban los criados, que supongo que estarían preguntándose quién era yo y qué estaba haciendo allí, y a mi izquierda, Patrick, al que no quería mirar porque no me fiaba de mí ni de mis reacciones ( en mi mente estas iban desde echarme a llorar —algo que mi orgullo no me perdonaría nunca —a pegarle un tortazo, algo que no podía hacer, claro).

Al final fue él quien me obligó a mirarle, porque se dirigió a mí:

—Katia, tenemos que hablar y me tienes que explicar muchas cosas.

—Igual tienes que empezar tú con las explicaciones, ¿no te parece? —contesté yo rápida, haciendo alusión a la rubia y el beso.

—Si, claro yo también te voy a explicar. Pero antes te voy a presentar a los criados que están aquí y, si te parece, después entramos, buscamos un sitio tranquilo y hablamos.

No contesté, algo que en esos casos era una aceptación, aunque fuera enfurruñada.

En ese momento Patrick se dirigió a los criados y usando un inglés lento y limpio, que hizo que entendiera prácticamente todo, dijo, señalándome:

—Os presento a Katia, ellos son Charles, el mayordomo, y Eliza y Gertrud, responsables de mantener el orden en el palacio —dijo después, dirigiéndose a mí—, llevan con nosotros...

Y en ese momento una voz por detrás cortó la frase de Patrick por lo sano. Era una voz seca y autoritaria que ponía los pelos de punta solo oírlos, y más de punta me los puso a mí, porque esta vez sí entendí lo que preguntaba.

—¿Y quién es Katia?.

La voz provenía de una mujer alta y delgada, que rondaría los 70 años, pero aún así estaba erguida como si fuera una quinceañera. Era una mujer vestida muy elegante, con un traje de falda, blusa y chaqueta en tweed, que juraría eran de Chanel, un pelo blanco cuidadísimo y unos ojos azules claros que parecían taladrar.

No a mí, sino a su hijo.

Es decir, a Patrick. Porque deduje que aquella tenía que ser la famosa condesa, aquella de la que tanto había oído hablar y no precisamente en muy buenos términos.

En ese momento Patrick pegó un ligero bote, estaba claro que se había sorprendido y, por la cara que puso, no precisamente para bien, pero recomponiéndose en seguida, le dijo

—Ah, mami, esta es Katia, la chica que se encarga de gestionar la casa de huéspedes de E.

Toda la conversación estaba siendo en inglés y, desgraciadamente, esta vez estaba entendiendo todo, quizá porque utilizaban un inglés pausado y limpio, típico de gente que había ido a los

colegios más exclusivos de Gran Bretaña.

Y digo desgraciadamente, porque hubiera preferido no enterarme de nada, ya que la conversación siguió en estos términos:

—Una empleada... Ya... ¿Y qué hace una empleada española en nuestro palacio un mes antes de la boda?, ¿la has invitado? —añadió, con el tono más congelado que había escuchado nunca y marcando la palabra “española” como si fuera un insulto.

—No, no la he invitado, pero quizá lo haga —contestó Patrick, tranquilo, pero con un tono duro y desafiante que no le había escuchado nunca.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Preferiría que no me dijeras cómo organizar mi vida.

—Mientras no sepas hacerlo como es debido, no me quedará otro remedio.

En ese momento Patrick se la quedó mirando, serio e intenso, pero, al parecer, decidió no entrar al trapo y solo contestó.

—Si nos disculpas, voy a ayudar a Katia a establecerse los días que va a pasar aquí.

Y me agarró del brazo y me introdujo dentro del palacio dejando fuera a los tres silenciosos criados y a la condesa que se limitó a poner una sonrisa irónica.

Yo había asistido a la conversación con asombro y rabia crecientes. Y también con absoluta desolación.

¿De dónde se había sacado Patrick que yo iba a permanecer unos días en el palacio?

¿Quién era él para decidir por mí?

Pero, sobre todo: ¿¿¿¿¿De quién era la boda????!!!

Tendría que esperar a que Patrick me lo aclarara. Pero de lo que no tenía ni una duda era de que la madre de Patrick era clasista y racista, aparte de muy maleducada. No me había echado ni una mirada, pero había hablado despectivamente de mí en mi presencia.

Y, de repente, entre en crisis

Yo allí no pintaba nada, tenía que largarme como fuera. Así que en cuanto entramos en el palacio y nos encontramos solos Patrick y yo, me solté de su brazo y se lo dije:

—Patrick, ha sido un error venir aquí, me voy ya, no te preocupes, me doy la vuelta ahora mismo.

—No digas tonterías, Katia, ¿a donde vas a ir?, es muy tarde ya y, además, no hay transporte público desde aquí —me contestó él, alarmado

—Da igual, iré andando —solté sin ton ni son, porque aquello no tenía sentido, porque aparte de la larga recta que había recorrido en el descapotable, había hecho más de un cuarto de hora en taxi dejando a los lados tan solo campos y bosques solitarios.

—Espera un momento, Katia, ven aquí, anda —me dijo entonces, con el tono de voz cariñoso que bien conocía y tanto había echado de menos desde que le había visto con la rubia Amanda.

Dándome cuenta de que era absurdo largarme deprisa, me dejé agarrar de nuevo y llevar a un pequeño jardín. Una vez allí me ofreció sentarme en un balancín de dos plazas, encantador, rodeado de macizos de flores, y él se sentó a mi lado.

Notar la calidez de su cuerpo y su olor me calmó y, al mismo tiempo, me puso muy triste, porque intuía que la conversación no me iba a gustar.

Y volví a entrar en pánico y a querer largarme de allí.

—Patrick, me quiero ir —le dije, poniéndome de pie para alejarme de su cercanía física.

Él suspiró y se puso de pie a mi lado y cambió de táctica:

—Vale, Katia, de acuerdo, te vas a ir, pero ahora no puede ser, está anocheciendo ya y no

tienes a dónde ir. Vas a tener que esperar a mañana por lo menos.

—¿Mañana?, no voy a poder aguantar.

Volvió a suspirar.

—Claro que puedes aguantar —me dijo intentando mantener la calma.

—Tu madre es horrible, ni me ha mirado, me he sentido el insecto más repugnante del mundo, porque he entendido todo.

Ataqué , sabiendo que aquello le iba a afectar

Y, efectivamente, lo hizo.

—Tienes razón, Katia, lo siento —me dijo, abatido.

—No es culpa tuya, pero me quiero largar —insistí.

—Vamos a hacer una cosa —me dijo él cambiando de tono y de táctica—, te voy a llevar a una habitación de invitados. Como te he dicho, hoy ya no se puede hacer nada. Haré que te sirvan la cena allí mismo, no hace falta que vuelvas a ver a mi madre.

Y empezó a andar, hacia la entrada de la sala por donde habíamos salido al jardín.

Yo le seguí en silencio un momento, pero , enseguida, volví al único tema del que quería hablar.

—¿Y mañana habrá transporte? ¿Podré irme?

Patrick volvió a suspirar, mientras empezábamos a subir las escaleras hacia la primera planta.

—Lo miramos luego si quieres. En cualquier caso, puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

—Es que no quiero, Patrick, ha sido un error venir aquí —volví a repetir, ya que era el único pensamiento que conseguía poner en palabras.

Entonces Patrick se quedó un poco pensativo y, después de hacer un gesto con la cabeza, como si hubiera llegado por fin a una conclusión, empezó a hablar.

—Katia, cuando te he visto mi corazón se ha parado, y no porque no quería que estuvieras, sino por lo contrario. —Abrí la boca por la sorpresa, y, de repente, la angustia que sentía, se diluyó. De todas formas, mi felicidad duró poco, porque él siguió hablando—, pero lo nuestro ya no puede ser. Como te dije por teléfono, nuestro momento se esfumó en E. Por culpa de un malentendido, sí, pero a veces hay que hacer caso a las señales y ese malentendido fue una de ellas.

—Bueno, vine aquí intentando luchar contra eso, como te puedes imaginar —le contesté yo, dispuesta a aclarar todo—, pero lo que me he encontrado es peor de lo que imaginaba. Tu madre es horrible.

—Sí, mi madre es horrible.

—Y esa chica, Amanda... y esa boda...

Vale, ya lo había dicho. Era lo que más temía pero, al mismo tiempo, necesitaba aclararlo de una vez. Me estaba martirizando desde que los había visto en el descapotable, pero ya no tenía sentido atrasar más el momento de la verdad. Patrick acababa de repetirme lo que me había dicho por whatsapp: que lo nuestro estaba terminado antes de haberle dado una oportunidad. Ya no tenía nada que perder.

Vi que Patrick vacilaba, estábamos ya en el primer piso dejando a nuestros lados varias puertas cerradas, supongo que me llevaba hacia aquella habitación de invitados de la que me había hablado, se me estaba haciendo eterno el tiempo esperando su respuesta y, encima, Charles, el criado que nos había recibido, salió en esos momentos de una habitación e inició una conversación con Patrick.

Creí entender que le estaba hablando de la habitación y de mi misma, ya que me miraba

alternativamente. Y eso es lo que me confirmó Patrick cuando el hombre se despidió finalmente de nosotros (con una extraña sonrisa que no supe interpretar, por cierto).

—Tu habitación es esta, Katia, ya tienes todo preparado. Y también le he dicho a Charles que te suban algo para cenar.

—Sí, gracias —le contesté yo impaciente, después de echar un vistazo a la habitación, pero sin hacerle mucho caso, ya que estaba pendiente de la conversación que habíamos dejado en suspenso.

Patrick se dio cuenta, claro, pero no parecía tener mucha prisa en contestar, la interrupción le había venido muy bien, y me animó a entrar dentro e instalarme.

Yo me metí dentro, como él quería, pero me mantuve bajo el dintel de la puerta, dejándole a él al otro lado, y volví a repetir, esta vez sin vacilar.

—Patrick: Amanda y la boda. Estoy esperando.

Me volvió a mirar fijamente, pero esta vez ya no vaciló.

—Amanda es mi prometida y nos casamos en un mes.

—¿Desde cuándo es tu prometida? —le respondí inmediatamente yo, gélida.

—Es una pregunta que no tiene una sola respuesta —dijo él, intentando marearme.

—¿Desde cuándo es tu prometida? —repetí yo, sin dejarme marear .

—Hace diez años...

El siguiente y último sonido de aquella conversación fue el que hizo la puerta cuando se la cerré en las narices.

## Capítulo 9

De repente todo tenía sentido y todo era horrible.

Patrick me había mentado o, mejor dicho, me había ocultado información muy importante. Era cierto que no estaba casado, pero llevaba diez años prometido con aquella Amanda. Yo había malinterpretado una palabra suya, pero, en realidad, había acertado, porque Patrick ya tenía pareja cuando yo le había conocido.

Metida en aquella habitación, decorada con un papel de flores que estaba en buen estado pero parecía tener cien años, me fui enfadando más y más.

Resulta que cuando todo había explotado, con los whatsapps, yo me había sentido culpable por mi mala interpretación y me había martirizado creyéndome la responsable de nuestra separación. Y Patrick me había dejado creer eso y me había dado a entender que huía de mí por mi tendencia a los hombres casados o por, como él decía, mi volubilidad. Pero esas no eran las verdaderas razones.

La verdadera razón había sido que él ya estaba comprometido cuando había empezado a tontear conmigo, y que se había alejado de mí para continuar con el compromiso y la boda.

Nunca, jamás, había tenido la menor oportunidad con él. Era, al igual que los demás, un hombre con el corazón “ocupado”.

Tras la revelación, le había cerrado la puerta en las narices y me sentía bien por eso, pero también tenía ganas de gritar de frustración y de rabia. No me iba a poner a hacerlo en aquel lugar tan elegante e imponente, aunque solo de pensarlo conseguí soltar una risita imaginando el escándalo para la horrible madre de Patrick. Al final me tumbé sobre la cama, que estaba decorada por una colcha de flores también y tenía un dosel del que colgaban unas cortinas, de flores, claro, y me apreté contra la almohada y grité un rato sin que me oyera nadie.

Una vez me desahogué, al cabo de unos cinco minutos largos, decidí ser práctica y me puse a buscar en el móvil la manera de salir de allí lo antes posible. Tenía que buscar algún vuelo que me llevara de nuevo de vuelta a Madrid.

Y ahí me desesperé otra vez, porque estuve buceando en páginas de compañías aéreas y no encontré ningún billete antes de tres días. Tres días que se me hacían como tres años en las circunstancias en las que estaba.

Decidí dejarlo para el día siguiente, a ver si había más suerte y, al final, agotada por todas las emociones, me dormí.

Me desperté con los primeros rayos del sol, que en aquella época del año, en Inglaterra, salían alrededor de las cinco de la mañana.

No había descansado las horas suficientes, pero enseguida me di cuenta de que no iba a conseguir dormir más. Me venían a la mente todo el rato imágenes de Patrick con la perfecta Amanda, de la madre de Patrick y su expresión racista insoportable, del criado Charles mirándonos con esa expresión extraña (apenas lo había visto, pero no sé por qué, aquel hombre me intrigaba) y luego la información que me había dado Patrick y, de nuevo, solo quería salir de allí y volver a E. con mis nuevas amigas.

En ese momento, cuando me acordé de ellas, hubo algo que me descolocó. Recordé de pronto que durante las conversaciones que tuvimos hasta que me convencieron para venir a Inglaterra, solo Leticia hizo una vez mención a la “rubia tonta con la que salía” Patrick. Había dicho que la había traído alguna vez a E. y me había quedado claro que la chica le había disgustado. En su momento no le había dado importancia, había pensado incluso que aquella rubia sería la mujer voluble de la que él me había hablado y había dado por hecho que aquella relación había acabado hacía mucho tiempo.

Ahora me extrañaba que Leticia y, sobre todo, Marta, que era la gran amiga de Patrick, no supieran nada de que aquella relación continuaba, algo que daba por supuesto, porque si lo hubieran sabido, no me habrían empujado a venir a Inglaterra.

En algún momento contrastaría esa información con ellas, y estaba segura de que se iban a llevar un disgusto casi tan grande como el mío cuando se enteraran de la situación. Pero por el momento tendría que esperar y seguir capeando mi situación en aquel lugar hasta que pudiera largarme.

Me levanté y decidí que iba a dar una vuelta por el exterior del palacio. Daba por seguro que a esas horas no habría nadie despierto aún, así que me vestí rápidamente y salí de la habitación.

Efectivamente, una vez fuera, todo era silencio en el palacio. También todo era enorme. El día anterior había llegado a mi habitación enfrascada en la discusión con Patrick y no me había fijado, pero ahora que estaba sola me daba cuenta de las dimensiones enormes del palacio.

Ante mi tenía un pasillo enorme, supuse que al final de él estarían las escaleras que había subido el día anterior, pero me di cuenta también de que tenía que buscar alguna referencia para poder volver de nuevo a mi habitación tras el paseo. Decidí contar las puertas que iba dejando atrás a medida que iba avanzando desde la de mi habitación, y conté diez hasta que llegué a las escaleras.

Y aquellas escaleras continuaban hacia arriba, había dos o tres pisos por encima, además de que desde allí salían otros pasillos, alguno de los cuales parecía bifurcarse.

Aquel palacio era enorme, un auténtico laberinto.

En cualquier caso, yo conseguí situarme y bajé las escaleras hasta la zona de la entrada donde había estado el día anterior.

Nada más llegar, me di cuenta de que la pequeña puerta lateral por la que habían salido los criados a la entrada estaba abierta, así que podía salir. Aunque aquello me extrañó un poco, aún no eran las seis de la mañana: ¿dejaban la puerta abierta toda la noche?

Nada más salir al aire libre el misterio se resolvió, porque a veinte metros de la entrada, al lado de un macizo de flores que estaba podando en ese momento, vi al mayordomo Charles.

—Good morning, miss Katia —me dijo, con su perfecta dicción.

—Good morning, Charles —le contesté yo, con una de las pocas frases en inglés que manejaba con cierta seguridad. Aunque ahí se acababa mi seguridad. De todas formas, antes de empezar a preocuparme por cómo podríamos seguir una conversación básica en inglés, Charles me sorprendió dirigiéndose a mí en un castellano casi tan perfecto como el que tenía Patrick.

—¿Ha dormido usted bien?

—¡¡Sabe usted español¡¡ —me salió, absolutamente sorprendida.

—Sí, llevo media vida visitando España en mis vacaciones.

Enseguida até cabos, claro, seguro que se llevaban al mayordomo en sus vacaciones, así que le contesté.

—Suele usted viajar a E. entonces.

—No, no tengo el gusto de conocer la casa de mis señores en España.

—Ah, entiendo —dije yo, dándome cuenta de que había hablado de vacaciones y no de trabajo. Y también de que ahora ya no me sorprendía que llamaran “casa” a lo que para mí había sido un palacio, antes de conocer el palacio en el que estaba en ese momento—. ¿Y a qué parte de España suele usted viajar? —le pregunté entonces, intentando ser amable y también con curiosidad.

—Al mejor lugar del mundo —me contestó rotundo y poniendo cara de felicidad. Yo me quedé pensativa, tratando de imaginar a qué lugar se refería. España es maravillosa y se me ocurrieron muchos lugares que podían cumplir con la frase rotunda que acababa de soltar: Andalucía, Extremadura, las dos Castillas, cualquiera de las islas, la costa cantábrica y atlántica, la costa mediterránea...Y sí, fue esta última a la que se refería, pero mencionó el último lugar que se me habría ocurrido: Benidorm.

—¡¡¡¿¿¿Benidorm???! —no puede evitar responderle, asombrada y con un punto de incredulidad. No se me ocurría un lugar al que le pegara menos la definición de “mejor lugar del mundo” que había utilizado Charles. Había estado en Benidorm en un viaje de estudios con el colegio y lo había pasado bien, la verdad, pero estaba claro que en el lugar se había construido de manera salvaje y se había destruido buena parte del que, en origen, habría sido un paisaje maravilloso. Eso por no hablar de las colas en los innumerables locales para comer comida rápida, los turistas pasados de alcohol, las playas con aglomeraciones,..., en fin, que no, no me parecía un paraíso y menos viniendo de una persona que trabajaba en aquel entorno. El hombre, sin embargo, no se ofendió por mi expresión, al contrario, sonrió ampliamente y me explicó.

—Sí, ya sé que resulta difícil de creer, he oído expresiones como la suya a muchos españoles, pero le aseguro que, para mí, es el paraíso. Es el lugar donde soy feliz.

—Me alegro mucho —le dije finalmente, ya que aquello era incontestable y, además, ¿quién era yo para juzgar los gustos de nadie? Además, aquel hombre me caía cada vez mejor. Era la antítesis a la madre de Patrick: amable, educado, risueño. Era un criado, claro, y ella la dueña de todo aquel palacio y terreno, y, por tanto, estaba más cerca de mí y mis circunstancias. No en vano, yo también era empleada de la familia Sinclair, a pesar de que había querido ser la esposa del conde, de Patrick, pensé finalmente con un punto de ironía. Y también de tristeza.

Por suerte, el hombre me sacó de esos pensamientos lúgubres ya que, no contento con haberme dado aquella información personal, siguió dándome conversación.

—Y usted es muy madrugadora, por lo que veo.

—Lo cierto es que no, Charles, soy bastante dormilona, pero entre el viaje y los nervios por encontrarme en un lugar tan elegante e imponente, no he conseguido dormir más —le contesté, bajando también al terreno de lo personal, pero sin decir nada en realidad.

Él sin embargo me miró con intensidad y puso aquella sonrisa extraña que le había visto el día anterior. Era enigmática y parecía querer decir que sabía más de lo que aparentaba. Que sabía en realidad por qué no había dormido.

Aquello era imposible, por supuesto, porque no nos había visto a Patrick y a mí juntos más que unos pocos minutos y solo hablando, así que quite esos pensamientos mágicos de mi mente, él

,además, volvió a hablar, continuando con una conversación banal.

—Bueno, pero ya que está despierta, está bien aprovechar el día desde bien temprano, ¿no le parece?

—Lo cierto es que sí, por eso he bajado al jardín, pensé que estaría sola, pero veo que usted madruga más que yo.

—Sí, a mí sí me gusta madrugar, me gusta el silencio de las primeras horas.

—Sí, es cierto, ahora que estoy aquí, lo aprecio, pero normalmente no me motiva lo suficiente para madrugar el resto de días —le contesté riendo y recurriendo al humor.

Él respondió a mi risa con otra y luego continuó.

—Pero ya que está despierta hoy tiene que aprovechar. Si me permite una recomendación, hay un lugar precioso por aquí cerca, a cinco minutos andando.

—Sí, claro que se lo permito, ¿dónde es?

—Tiene que seguir por ahí —me dijo señalando a su derecha—, dejando a su izquierda esa línea de árboles. Después de una ligera curva se encontrará con un lago. Es artificial, lo construyó el abuelo de la actual condesa, pero con los años se ha integrado en el paisaje y la vegetación lo ha rodeado, es maravilloso. Merece la pena ir, además, terminará de ver la salida del sol, que acaba de empezar.

—Muchas gracias Charles, le tomo la palabra y me voy ahora mismo —le dije encantada.

Lo cierto es que desde que vivía en E. había surgido en mí un alma campestre montañera desconocida antes, pero que me hacía muy feliz. Sobre todo en días como aquel, que estaba mustia y triste, ver un amanecer en un entorno tan tranquilo y bonito podía ayudarme a mejorar el estado de mis emociones.

Me despedí del hombre diciéndole que luego le contaría qué tal la experiencia, aunque con dudas de que pudiera hacerlo, porque cuando volviera ya estaría todo el mundo despierto y nos resultaría más difícil tener una conversación tranquila.

En cuanto empecé a andar a la orilla de la arboleda, mi espíritu entró en calma. Todo era maravilloso, solo se oía el murmullo de las hojas agitadas por el viento y el sonido de los pájaros y animales que habitaban el bosque. Vi incluso una ardilla preciosa saltar de un árbol a otro. Además, en cuanto di la curva de la que me había hablado Charles, apareció ante mí el lago.

Era increíble que se tratara de algo artificial. Para empezar, porque era enorme, estoy segura de que se tardaría más de una hora en rodearlo andando, y luego, porque, efectivamente, el paisaje era maravilloso.

El lago, tal y como me había advertido Charles, estaba rodeado de vegetación, pero es que, además, al fondo se veían unas suaves montañas tras las que estaba apareciendo el disco naranja, precioso, del sol, sacando una luz que hacía que las aguas tranquilas del lago brillaran como si fueran oro, y que los campos de alrededor tomaran tonalidades naranjas.

Estaba absolutamente subyugada, como si estuviera presenciando un momento mágico, pero entonces un ruido, muy ligero, como un pequeño chapoteo producido por un pez, me hizo dejar de mirar el sol y concentrarme en el lago delante de mí.

Y ahí encontré lo que había producido el chapoteo, que no era un pez, sino una persona.

La persona estaba parada, de pie, a la orilla del lago, a unos veinticinco metros de mí, dándome la espalda, completamente desnuda, excepto de las pantorrillas hacia abajo, que estaban cubiertas por el agua.

Enseguida deduje que habría estado nadando, ya que estaba totalmente mojada y el espectáculo del sol naciente le había hipnotizado como a mí y se había quedado mirándolo. Y estaba tan

absorta que no se daba cuenta de que yo había llegado.

Pero en ese momento debí de hacer yo también un pequeño ruido, o “notó” esa sensación de que alguien te está mirando, y se dio la vuelta.

No me llevé ninguna sorpresa cuando lo hizo y clavó sus ojos en los míos, porque unos segundos antes, mientras estaba de espaldas, le había reconocido perfectamente.

Porque la persona en cuestión tenía unos hombros, unas espaldas y un culo que conocía perfectamente.

Era un hombre.

Y era Patrick.

## Capítulo 10

Nos quedamos mirándonos en silencio unos segundos, aunque a mi me pareció que pasaba toda una vida. Sentí aquella atracción irresistible que sentía hacia Patrick desde el día que le había conocido, pero amplificada por lo que ya habíamos vivido: nuestro conocimiento mutuo durante un mes, nuestra noche de amor antes de despedirnos en E.

Su cuerpo maravilloso, mojado y bañado por la luz del sol naciente, se veía perfecto, su pelo mojado, con un mechón rebelde cayéndole sobre la frente, me hacía pensar en acercarme a él y apartarlo, como una caricia. Sus ojos mirándome con dulzura me empujaban a hacerlo, a acercarme, acariciarlo, abrazarlo, casi me dolía la necesidad que tenía de meterme entre sus brazos. Pero enseguida otros pensamientos tomaron posesión de mi mente. Aparecieron sus mensajes de whatsapp diciéndome que lo nuestro había terminado, pero, sobre todo, Amanda en el coche, el beso que se habían dado delante de mi y, lo peor, su confesión de que llevaban diez años siendo pareja.

Y aquello se impuso a mi necesidad de él, y quise pegarle un nuevo portazo en las narices, pero no podía, así que hice lo único que sí podía hacer: huír.

Salir corriendo.

—¡Katia, espera, espera, por favor!

Oí su grito, pero no sirvió para detenerme, solo quería dejar de verle, porque dolía demasiado, y la única forma de hacerlo era correr en dirección contraria.

Él, aún así, seguía llamándome, intentando detenerme con la palabra, pero en vano, porque cada vez oía su voz más lejana.

El caso es que con la precipitación, en vez de echar a correr de vuelta hacia el castillo, me adentré alrededor del lago, en dirección contraria a la que había venido.

Al principio, perseguida por las llamadas de Patrick, ni me di cuenta, solo pensaba en huir de él y del dolor que me producía tenerlo tan cerca, pero me empecé a fatigar y entonces bajé un poco el ritmo y me di cuenta de que estaba en una zona muy agreste y las zarzas me rozaban las piernas. Además, había dejado de oír la voz de Patrick: o había desistido de perseguirme o, pero aún, me había alejado tanto de él que lo había dejado atrás. Y me había perdido.

Me paré en seco y miré a mi alrededor, efectivamente, tenía el lago a mi derecha, pero a mi izquierda sólo había arbustos y árboles, y por delante y por detrás más árboles y más lago.

Y me entró miedo.

Huyendo de Patrick, el hombre que amaba y odiaba al mismo tiempo, había caído en un peligro mayor. Sin embargo, antes de entrar en pánico, oí algo que me sonó a música celestial:

—Katia, por favor, escúchame.

Me di la vuelta y ahí estaba. Se había puesto las zapatillas, los pantalones y la camiseta de manera precipitada —no llevaba calcetines y la camiseta le colgaba por fuera de los pantalones, húmeda y de manera descuidada— y había venido detrás de mí. No había desistido de seguirme. No me había dejado sola.

A punto estuve de echarme en sus brazos, había sido solo durante unos segundos, pero había pasado pánico pensando que estaba perdida en un bosque en un lugar que no conocía de nada a miles de kilómetros de mi país. Y Patrick era mi salvador. Además, seguía estando guapísimo, con el pelo alborotado y las mejillas encendidas por haber corrido detrás de mí.

Pero mi orgullo atacó inmediatamente, volví a recordar que me había ocultado su compromiso y había dejado que yo me sintiera culpable por haber evitado que nuestra relación prosperara, cuando no había tenido ni una oportunidad.

En cualquier caso, mantenía la cabeza lo suficientemente fría como para darme cuenta de que no debía huir otra vez, así que lo que hice fue atacar.

—¿Hablar de qué?, ¿de que estás a punto de casarte con tu prometida desde hace diez años?, ¿de que me has engañado y me has hecho sentir culpable cuando no tenía ni una oportunidad de tener una relación normal contigo?

Me quedé a gusto, al menos, pero poco me duró la “victoria”.

—Sí, claro, Katia, de eso quiero hablar —me dijo mirándome con un cariño infinito y, cuando yo iba a contestarle toda sulfurada que encima se quería ensañar conmigo, terminó la frase dejándome descolocada—, porque no es cierto. Es lo que has pensado, porque ayer fui muy torpe al explicarme, pero las cosas no son como piensas.

Me quedé sin palabras un momento, pero enseguida pensé que estaba intentando engatusarme otra vez. Así que, sin bajar un ápice la guardia, le contesté seca:

—Explícate.

—Es verdad que Amanda y yo llevamos diez años juntos, pero tengo cuarenta años y empecé a salir con ella con dieciocho años. —Las matemáticas no son lo mío, pero sí me daba cuenta de que aquello era más de diez años. Muchos más. En cualquier caso, él me hizo la cuenta a continuación—, hace veintiocho años.

—No entiendo —fue lo único que se me ocurrió decir, porque estaba realmente confundida—, has dicho que solo habéis estado juntos diez años, no veintiocho.

—Claro, es que así ha sido. ¿Recuerdas que te dije que había tenido una relación muy larga con una mujer muy voluble y que por eso no era bueno estar contigo?

—Sí, lo recuerdo, pero yo no soy voluble... —respondí yo, defendiéndome.

—Ese no es el tema ahora, Katia —me cortó—, el tema es que esa mujer voluble era Amanda, por supuesto, y que su mayor seña de identidad era dejarme: creo que me ha dejado quince veces, más de una vez por año que hemos pasado juntos. Por eso, aunque han pasado veintiocho años desde que empezamos a salir, solo hemos estado juntos diez.

—Madre mía, ¡¡¿quince veces?!! —me salió, tan solo.

—Sí, madre mía. ¿Entiendes ahora que cuando vi tu comportamiento incomprensible para mí lo asocié con la pesadilla que había vivido?

—Ese no es el tema ahora, Patrick —le corté yo como había hecho él conmigo un momento antes—, a mí lo que me interesa es saber cuál era tu situación amorosa hace tres meses, cuando estabas en E.

—Estaba soltero y sin compromiso, tal y como te dije. Llevaba, de hecho, un año sin saber nada de ella.

—Estás mintiendo —me salió, más seco y agresivo de lo que hubiera querido, pero es que lo tenía clarísimo. Aquella conversación que le había oído en el jardín de E. había sido con ella, seguro, y le había dicho: “*I love you*”, ahora no tenía ni una duda,

Patrick se puso muy serio de golpe. Acababa de llamarle mentiroso. Sin embargo, contuvo el

inicio de un enfado que asomó a sus ojos y esperó un minuto antes de contestar, tranquilo:

—¿Por qué dices que miento? Que no lo hago.

Yo no estaba dispuesta a dar el brazo a torcer así como así:

—Porque te oí decirle por teléfono “*I love you*” un día en el jardín —apostillé, firme.

Patrick se quedó un momento pensando, haciendo memoria y, de repente, sonrió ampliamente.

—Joe, Katia —empezó, descolocándose doblemente, primero por la sonrisa sin sentido para mí en el momento tenso que estábamos viviendo y luego por el medio taco que acababa de soltar, que chocaba totalmente con su educación cuidadísima —caíste en un error típico.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes razón en que estaba hablando con ella, pero no le dije “*I love you*” en presente, sino en pasado. Para un oído español debe de ser difícil de distinguir, pero dije “*I loved you*”.

—No entiendo...

Suspiró un par de veces, como para coger aire, y después, me soltó.

—Te lo explico ahora, Katia, es un poco largo y no me gusta mucho hablar de ello, pero tienes derecho a saber la verdad. Amanda fue mi primer amor. Un amor intenso y apasionado, como todos los primeros. Y también perfecto. Para mi madre. Amanda es la hija de un Duque con muchos palacios y tierras, el sueño de toda madre noble para su hijo. En realidad, nuestro contacto se gestionó por nuestros respectivos padres, ya que organizaron una cacería entre las dos familias con el propósito secreto de que nos conociéramos. Lo sorprendente es que salió bien.

—¿Sorprendente?

—Sí, ese tipo de acuerdos son bastante corrientes entre la alta nobleza. Se puede tratar de cacerías, como en mi caso, pero también bailes o comidas especiales. Al final el propósito es el mismo: que los cachorros de dos familias se conozcan y se comprometan, para mantener la sangre de la familia pura y noble por los siglos de los siglos.

—Te noto irónico.

—Si claro, estamos en el S XXI, es algo absurdo, hasta los reyes se casan con plebeyas. Pero ya has visto a mi madre. Mi padre era diferente, pero ella...

—Sí, sí, ya la he visto —apostillé yo con cara de circunstancias.

—El padre de Amanda era igual que mi madre. Pero imagínate las ganas que teníamos Amanda y yo, que sí somos y tenemos mentalidad de nuestro siglo, de que aquello saliera bien: ninguna. Sin embargo, a pesar nuestro, nos gustamos y empezamos una relación casi al día siguiente de la cacería.

—Ya —dije yo, un poco seca, porque realmente no me hacía ninguna gracia tantos detalles sobre lo bien que les había ido. Por suerte, la historia que estaba contándome Patrick cambió en ese momento.

—Como te he dicho, al principio salió todo de maravilla. Eramos dos chicos enamorados y nuestros padres no podían estar más felices. Pero a los tres años se torció.

—¿Pasó algo?

—No. Bueno, sí, que Amanda se aburría.

Le miré asombrada.

—¿Aburrirse de que?

—De mí.

¿Qué podía contestar a aquella revelación?, ¿qué podía contestar cualquiera, y más conociendo a Patrick? Seguramente nada, aparte de quedarse boquiabierto. Eso es lo que me ocurrió a mí en un primer momento, pero luego, enseguida, me salió algo.

—¡¡Será zorra!!

Ahí quien se quedó boquiabierto fue Patrick. No pudo evitar incluso que le saliera una ligera sonrisa que intentó enseguida disimular, al fin y al cabo, acababa de insultar a su prometida.

—Katia, tienes que reconocer que no soy precisamente un tío muy arriesgado y aventurero. Soy tranquilo y bastante predecible.

—Bueno, eso depende de qué vayas buscando. Si lo que quieres es recorrer el mundo con una mochila, o enfrentarte a todos los peligros naturales y humanos, quizá no seas la persona adecuada para compartir la vida en pareja, pero, desde luego, aburrido no eres. Y predecible, tampoco. Lo sé de buena tinta, a mi me has dejado plantada y sin palabras varias veces.

Hizo un ligero gesto de contrariedad, pero obvió el tema de nosotros dos y se volvió a centrar en la que yo internamente y para siempre había bautizado como “Amanda la zorra” (soy muy beligerante con quien maltrata a mis seres queridos y Patrick, a pesar de nuestras dificultades y desencuentros, lo era).

—Amanda es más de aventuras con mochilas y peligros varios. Aunque, en realidad —dijo, y se quedó un momento pensativo antes de acabar—, es más de hombres varios.

—¡No me jodas, Patrick! —me volvió a salir del alma, me estaba volviendo una malhablada delante de él, y sabía que eso chocaba con su cuidada educación, pero no podía evitarlo—. ¿Te ha puesto los cuernos?

—Sí, la verdad que esa expresión es desagradable para mi, pero eso es lo que pasó. Seis veces.

—¡¡¡Patrick!!!! —¿qué más podía decirle?, me estaba contando que la tía con la que se iba a casar en un mes le había dejado quince veces y le había puesto los cuernos otras seis, aquello no tenía ni pies ni cabeza. Y menos aún que me hubiera dejado a mí por ella. Él entendió mi expresión e intentó seguir explicándose .

—La verdad es que es difícil de entender.

—Difícil no, imposible

—Pero es toda una vida juntos así, Katia, me he acostumbrado y, sobre todo, es lo que quiere mi madre.

—Claro, y tú tienes siete años y tienes que hacer lo que dice tu madre —le contesté irónica.

—No entiendes cómo funcionan estas cosas entre los de nuestra clase.

—Por supuesto que no. Si viviéramos hace dos siglos, igual sí, pero, ¿ahora?, ¿qué necesidad tienes de casarte con alguien que te ha hecho tanto daño?

—Sí, me lo ha hecho. Y, de hecho, cuando te conocí, había decidido acabar con ella de una vez por todas. Pedí la excedencia para ir a E. a gestionar el alojamiento con la excusa de que mi madre me daba la tabarra con el tema —algo que también era cierto—, pero en realidad, lo que quería era desintoxicarme de Amanda. Cuando fui, llevábamos ya un año separados y yo había tocado fondo. No soy idiota, Katia, aunque lo parezca, y me daba cuenta de todo lo que te estás dando cuenta tú. Amanda es imprevisible y voluble, además de una malcriada. Pero también había estado profundamente enamorado de ella. Me volvía loco. Y la echaba de menos. Además de estar enganchado a la forma tóxica que teníamos de relacionarnos. Así que me fui a E. para acabar de una vez por todas con ello. Y te juro que lo estaba consiguiendo. Además, apareciste tu y aquello me dio la esperanza de que finalmente había pasado página. Porque te juro, Katia, que en el momento en el que te vi, oí violines en mi cabeza, y un impulso a unirme a ti fuertísimo. Jamás me había pasado, ni con Amanda.

Me quedé callada. No me atrevía a decir nada para no estropear lo que acababa de decir y la

atmósfera que se había creado a nuestro alrededor, que era tan mágica como aquel primer día que tan bien acababa de describir. Lo había intuido desde el primer momento, pero acababa de confirmarme que a él le había ocurrido exactamente igual que a mi: había caído enamorado desde el primer segundo que me había visto.

Nos quedamos mirándonos en silencio volviendo a notar ambos ese hilo que tiraba de nosotros para unirnos, y al final le pregunté lo único que se podía decir en ese momento.

—Patrick, a mi me pasó lo mismo que a ti, ya lo sabes, así que no entiendo qué haces con Amanada y, sobre todo, por qué no podemos estar juntos.

—Volví a Inglaterra hecho polvo, Katia. A pesar de que te decía que entendía, no entendía nada de lo que te ocurría. Al principio supuse que habías tenido una relación parecida a la mía, pero estaba claro que yo soy un tipo tranquilo y que nos llevábamos bien. No entendía por qué no querías estar conmigo. Te mandé el mensaje a las dos semanas de mi partida, aunque habíamos quedado de acuerdo en no hacerlo, porque no lo asumía, porque quería intentarlo, como supongo que ha ocurrido contigo cuando has decidido venir aquí.

—Siii —le contesté emocionada, porque ya estaban todas las cartas sobre la mesa, ya habíamos aclarado todo y, por primera vez, veía un atisbo de solución.

Pero Patrick, una vez más, la echó por tierra.

—Pero tus respuestas me destrozaron. Casi fue peor que no entender tu comportamiento. Que hubieras sido capaz de mandar nuestra relación al cubo de la basura por un malentendido y que tuvieras ese pasado amoroso tan complicado me hizo darme cuenta de que, de manera diferente, pero iba a volver a caer en el mismo tipo de relación que con Amanda: relaciones tempestuosas y volubles, a punto de romperse en cualquier momento. Y decidí cortar por lo sano. Y hace dos meses, Amanda volvió a mi vida, arrepentida por todo lo anterior y me di cuenta de que no puedo huir de lo que soy, al parecer, me gustan las mujeres complicadas. Y puestos a terminar con una, me quedo con la que ya conozco. Como ese refrán vuestro ¿Cómo es?

—Más vale malo conocido que bueno por conocer —dije yo, como una autómata.

—Eso —terminó él, tan autómata como yo.

Me quedé desolada. Estaba claro que estábamos hechos el uno para el otro. Ambos habíamos ido a E. huyendo de nuestras relaciones tóxicas, por motivos diferentes, pero tóxicas. Pero por mucho que él creyera que yo me parecía a Amanda, no me parecía nada. Había sido una tonta al obsesionarme con una palabra que había oído cuando todas las señales decían lo contrario, pero había que entender cuál era mi estado psicológico en ese momento. Por lo demás, yo siempre había sido una víctima en mis relaciones, al igual que él. No, yo no era como Amanda para nada, pero él no lo veía. Estaba desesperada, así que decidí gastar mi último cartucho antes de darme por vencida.

—Pero tú ¿la quieres?

Estaba convencida de que iba a contestar con un sí rotundo, no en vano ya me había dicho que al principio le había “vuelto loco”. Sin embargo se quedó callado.

Y un sonido, fuerte y rotundo, me llenó entera: era el de mi corazón, golpeando con fuerza, ansioso por saber su respuesta.

Al final la respuesta vino:

—Ya no lo sé.

Y a mi me sonó a música celestial y me dio el empujón para hacer lo que

había querido hacer desde el momento que le había visto en el lago: me abalancé hacia él, le rodeé el cuello con mis brazos y le besé como si sus labios fueran una fuente en medio del

desierto.

## Capítulo 11

A él pareció ocurrirle lo mismo, porque rodeó mi cintura y respondió a mi beso como si fuera el último que iba a dar en su vida. O el primero. Estuvimos besándonos con pasión y amor mucho, mucho tiempo, ambos teníamos hambre del otro y necesitábamos saciarla. Sus labios suaves, su lengua cálida, me encendían y me calmaban al mismo tiempo. Era como volver a casa, al hogar.

Sí, Patrick era mi hogar.

Olía a él y también a bosque y lago, no en vano, aún tenía la ropa húmeda, y su flequillo mojado acariciaba mi frente, pero eso aumentaba mi placer. Patrick formaba parte de esa naturaleza que yo había empezado a amar al irme a vivir a E. Todo con él era maravilloso.

Pero la magia dura lo que dura y la realidad siempre acaba por volver. Yo habría estado besándolo horas y horas, pero, en un momento dado, él paró el beso, me apartó un poco de sí y se me quedó mirando.

Yo pensé que era para seguir besándome, para empezar a acariciarme tal vez, pero no. Me cogió por los hombros y mirándome con intensidad, me dijo:

—Katia, no puedo, es demasiado tarde.

Y, sin darme tiempo a reaccionar, se dio la vuelta y se marchó.

Me quedé mirando sus espaldas alejándose sin poder reaccionar durante varios minutos. Había pasado de golpe del cielo al infierno.

Entre sus brazos, había creído que todo se había solucionado, que, por fin, Patrick y yo habíamos coincidido en nuestros pensamientos y sentimientos, que aquel beso era el principio de nuestra nueva vida.

Y estoy segura, por la forma en que me besó, que él había pensado por un momento lo mismo. Y que había tenido que hacer un gran esfuerzo para apartarse de mí y para marcharse.

Pero lo había hecho.

Me había dejado plantada en aquel lugar, en medio de la nada. Me había dejado por Amanda.

Cuando unos minutos antes yo había corrido escapándome de él, había acabado asustándome al creer que me había perdido, pero esta vez la rabia por haber sido plantada de aquella manera me hizo sacar mi lado más valiente.

Empecé el viaje de vuelta al castillo por el camino que había tomado él, sin miedo, golpeando el suelo con mis pies cada poco rato y diciendo en alto: “¡cobarde!”, “¡cabezota!”, que era lo que pensaba de él. Enseguida apareció el castillo ante mi vista, en realidad en ningún momento había corrido peligro de perderme, porque aquel camino llevaba directamente al castillo, así que Patrick no había sido un desconsiderado al dejarme sola. pero eso era lo único que le salvaba de su horrible comportamiento.

Con el castillo ante la vista, bajé un poco el ritmo de mis pasos. Seguía muy enfadada, pero no tenía muchas ganas de volver a entrar, porque ¿qué me esperaba dentro?: Patrick, que acababa de dejarme plantada, y su desagradable y racista madre, a la que esperaba no ver mucho. Bueno, y aquel mayordomo agradable —Charles—, la única persona que me había tratado bien en aquel lugar.

Y curiosamente, nada más pensar en él, ahí apareció de nuevo.

Venía caminando enfrente de mí. Llevaba un impermeable verde oscuro bajo el que asomaba el cuello de lana de un jersey de ochos, una gorra de estilo escocés, como las que también se llevan en Salamanca y unos pantalones de pana oscuro en cuyos bolsillos llevaba metidas las manos. Fuera del contexto del castillo y con ese andar pausado, propio de cuando se está dando un paseo sin rumbo fijo, se veía que era un hombre elegante y atractivo, no para mí, por supuesto, ya que tendría los sesenta bien pasados, pero eso no impedía que viera que era un señor con mucha clase, a pesar de su trabajo como criado. Estaba claro, me dije a mí misma antes de que mis pasos me llevaran hasta él, que el estilo, la educación y la clase no son solo cuestión de dinero y estatus.

—¿Está usted dando un paseo, Charles? —me adelanté yo a preguntarle. Casi no tenía ni una duda de que él había propiciado mi encuentro con Patrick en el lago, ya que hacia allá me había enviado y había muchas posibilidades de que le hubiera visto ir a él, así que no quería que por nada del mundo sacará ese tema. No estaba preparada para hablar de Patrick ante terceros, no al menos en ese momento.

—Sí, es uno de los privilegios de mi trabajo, este entorno maravilloso.

—Sí, lo cierto es que es maravilloso —continué yo con la conversación intrascendente.

El hombre me caía muy bien, pero yo no estaba para muchas charlas en ese momento, así que estaba deseando despedirme. Sin embargo, él no tenía tanta prisa.

—¿Le ha gustado el paseo?, ¿le ha gustado la zona del lago?

Vaya, pensé, ahí estaba la pregunta que quería esquivar. Decidí que, a riesgo de quedar como una maleducada, no iba a profundizar en ella ni en nada.

—Sí, me ha encantado, Charles, pero ya me perdonará, ahora tengo algo de prisa —Y le sonreí y empecé a andar de nuevo antes de que él respondiera.

Lo hizo, por supuesto, sin ofenderse por mi brusquedad, al contrario, muy amable:

—Me alegro Katia. Yo también seguiré dando mi paseo. Que tenga buen día —Pero tras un par de segundos, cuando yo creía que había salvado el momento, añadió algo más—. Y recuerde que algunas personas y algunas cosas, a veces, necesitan algo más de tiempo.

Seguí andando como si no le hubiera oído, pero le había oído perfectamente, claro. ¿Qué había querido decir? Era un mensaje críptico, pero no tenía ni una duda de que lo había soltado adrede, que quería transmitirme algo. Y tenía toda la pinta de que tenía relación con Patrick.

Al igual que casi no tenía dudas de que Charles me había empujado hacia el lago para juntarme con Patrick, ahora tampoco las tenía de que había debido de verle volver y, al verme a mi sola, había deducido el desencuentro entre ambos. Sí, aquello era lo único que cuadraba.

Pero lo que también era llamativo era que, tanto al empujarme hacia él, como al decirme aquella frase, parecía que quería que ambos nos arregláramos, parecía, de hecho, que buscaba que nos relacionáramos. ¿Por qué estaría haciendo aquello?, ¿notaría, al igual que había notado Leticia en E., la enorme atracción que había entre los dos?, ¿estaba haciendo de casamentero? Además, anoté también, me estaba transmitiendo el mismo mensaje que me había transmitido Marta: que Patrick era lento, que necesitaba más tiempo.

Llegué al palacio envuelta en estos pensamientos. Lo cierto es que lo que pensara un

mayordomo al que no conocía de nada, por muy bien que me cayera, no debería afectarme, pero lo hacía. Era extraño que un empleado se entrometiera en la vida de su jefe de esa manera y, además, en dirección contraria a lo debido, ya que Patrick estaba a punto de casarse con otra.

Empecé a subir las escaleras hacia mi habitación muy intrigada y sorprendida, pero cuando llegué al descansillo del primer piso decidí dejar de darle vueltas al asunto. Patrick, el mayordomo y su madre tenían sus pensamientos y actitudes hacia mí, pero yo no podía controlarlas ni hacerlas cambiar. Sin embargo, lo que sí estaba en mi mano era hacer una evaluación de la situación desde mi punto de vista, y esa sí la tenía clara: yo no pintaba nada allí. Patrick me lo había dejado claro y, además, estaba a punto de casarse con otra. No había tiempo, eso que, al parecer, necesitaba para que cambiara de opinión y, sobre todo, yo no quería sufrir más.

Lo único que tenía que ocuparme a partir de ese momento era buscar un billete de avión para volver.

## Capítulo 12

Subí directa a mi habitación, a la que llegué sin dificultad contando las puertas que iba dejando esta vez a mi derecha.

Entré en ella y solté un suspiro porque no me había encontrado con nadie, ni con Patrick, al que no tenía fuerzas ni ganas de enfrentarme de nuevo, ni con su odiosa madre. Pero tampoco vi un solo criado.

Me senté sobre la cama, abrí mi portátil y las siguientes dos horas las dediqué a buscar un billete de vuelta a casa. Tardé dos horas porque no encontraba nada antes de tres días y quería largarme ya. Al final, en una página de vuelos de última hora, encontré un billete que me llevaría a Madrid dentro de dos días. Lo cogí sin dudar y con él guardado en el móvil, me atreví a respirar finalmente: sólo tenía que aguantar 48 horas más en aquel lugar. Con un poco de suerte, vería poco a Patrick y menos a su madre. En cualquier caso se lo tenía que decir. A Patrick. Que me iba. Y eso me iba a costar bastante, porque no quería ni verlo.

Por suerte, o por desgracia, no tuve que concienciarme nada porque fue él mismo el que se acercó a mi habitación.

Cinco minutos después de haber conseguido el billete, unos golpes en la puerta me sobresaltaron.

Abrí cruzando los dedos para que fuera algún criado, pero, ¡qué va!: ahí estaba Patrick. Se había cambiado de ropa e iba casi igual que Charles, con unos pantalones de pana y un jersey de lana, de trenzas en vez de ochos. Al parecer, aquel tipo de ropa era la que llevaban los ingleses en sus momentos de asueto en su país. Lo cierto es que estaba guapísimo, y el jersey, que imaginaba suave y caliente, y su mirada dulce, me invitaban a echarme en sus brazos.

Algo que, por supuesto, no iba a hacer. Nunca más. Y que su expresión seria, a pesar de la dulzura de su mirada, tampoco invitaba a hacer .

—Siento lo que ha pasado, Katia —soltó entonces, antes de que yo pudiera decir nada.

—Más lo siento yo, que he quedado como una imbécil —le contesté yo, con un punto de agresividad, pero no solo hacia él, sino hacia mi misma. Porque era verdad que me sentía como una imbécil después de haber recorrido miles de kilómetros para que, una vez más, un hombre me abandonara.

—No, como una imbécil, no, Katia, como una mujer enamorada..

—Para el carro —le corté, aún más agresiva.

—¿Cómo dices? —me dijo él, estupefacto.

—Que no necesito ni tu falsa comprensión ni tu sermón buenista. He venido a buscarte, Patrick, sí, pero tú me has dicho que te vas a casar con otra de la que ni siquiera sabes si estás enamorado. No hay nada más que hablar, solo me queda asumirlo.

Se quedó callado, mirándome en silencio, pero enseguida añadió.

—Yo también estoy enamorado de ti.

—No me jodas, Patrick —le corté yo, empezando a enfadarme de nuevo, porque suponía que detrás de esa frase maravillosa, la única que quería oír, vendría un pero. Como así fue.

—Pero no podemos estar juntos, nos haríamos daño y no nos lo perdonaríamos . Tú eres para mí un sueño, pero sé que acabaríamos despertando y la caída a la realidad nos destrozaría. Es mejor separarnos ahora sabiendo lo maravilloso que podría haber sido estar juntos, que estarlo y descubrir después que no lo era tanto.

Me quedé con la boca abierta. ¿Qué tonterías estaba diciendo? Todo eran excusas. Claro que había un riesgo real de que nuestra relación cambiara cuando estuviéramos mucho tiempo juntos. Claro que las mariposas y el sentirte en el cielo de los inicios desaparecerían, pero eso era la vida y había que asumirlo. Y eso no quería decir que nos fuera a ir mal, al contrario, yo seguía convencida de que estábamos hechos el uno para el otro y que, incluso como dos ancianos cascarrabias, íbamos a seguir estándolo.

Pero ya había decidido no perder el tiempo explicándolo. Él había tomado una decisión, y yo también.

—Vale, Patrick, si prefieres creer eso antes que arriesgarte a tener algo conmigo, es tu decisión y no puedo hacer nada para cambiarla. Te digo, eso sí, que no estoy de acuerdo. Y que me parece un cobarde que prefiere quedarse con lo malo conocido. Pero no voy a gastar más saliva para intentar convencerte, así que te voy a decir lo único que me importa ahora: me voy dentro de dos días. Espero poder quedarme aquí hasta entonces, no porque quiera, sino porque no sé adonde ir. Y también espero verte lo menos posible.

Siguió mis palabras con atención, sin cortarme en ningún momento ni decirme que yo tenía razón. Soy tan tonta que, a pesar de mostrarme tan segura ante él, en mi fuero más interno aún tenía esperanza de que cambiara de opinión. No solo no lo hizo, sino que complicó aún un poco más mi situación.

—De acuerdo, Katia, es lo mejor sí. Y claro que te puedes quedar aquí. Solo tenemos un pequeño problemilla .

Demasiados diminutivos para nada bueno, pensé, notando como todas mis alarmas se encendían.

—¿Pequeño problemilla? —le dije con retintín, teniéndome cualquier cosa.

—Sí, verás, mi madre ha preparado una cena para hoy.

—¿Y tengo que ir?

—Sí, Katia, tienes que ir, estás alojada en palacio, no se entendería que no lo hicieras.

—Ya —dije tan solo, con tono resignado, porque la mujer me caía fatal, pero yo era orgullosa y pensaba mostrarme mucho más educada que ella, acudiendo.

—Pero eso no es lo peor.

—Vaya, hombre, y ¿qué pasa ahora?

—Tengo que ir a Londres a cerrar un tema laboral urgente y no voy a poder estar en la cena.

—Y me vas a dejar sola ante el peligro —terminé yo la frase, echando fuego por los ojos.

—Katia, siento el comportamiento de mi madre, ya lo sabes. Me avergüenzo. Y voy a intentar no dejarte sola.

—¿Y cómo vas a hacer eso?, ¿proyectándose desde Londres como un holograma? —le dije irónica, obviando sus disculpas, con ganas de martirizarlo .

Él, sin embargo, no entró al trapo.

—En la cena van a estar varios amigos de mi madre, pero también mi primo Andrew. Somos como hermanos, y ya he hablado con él para que te proteja.

—Ah, vale, vas a ser mi guardaespaldas por poderes.

Suspiró. Estaba claro que estaba siendo difícil para él y yo no le estaba ayudando mucho. Pero no pensaba hacerlo. Seguía muy enfadada. O, mejor dicho, quería seguir muy enfadada. Cuando se me pasara el enfado, vendría la depresión. Por haberle perdido para siempre. Así que prefería estar enganchada a la rabia, me daba más energía y fuerza, y la iba a necesitar a la vista de lo que me esperaba esa noche.

—Vas a estar bien. Andrew se ocupará, ya verás —me dijo, al fin.

—¿Algo más? —le dije yo, sin comentar nada.

—Me voy en una hora. Le diré a Charles que te atienda bien en la comida y en lo que necesites.

—Bien, gracias —le dije. Y cerré la puerta.

No di un portazo, fui más suave que el día anterior, pero no había dejado de ser un corte abrupto de la conversación.

Me dio igual, con su madre quería quedar educadísima, solo por darle en las narices, pero la manera de darle en las narices a Patrick era más literal: con la puerta.

Me tumbé todo lo larga que era sobre la cama y decidí que aguantaría hasta que me tocara irme. No tenía más que pasear sola o quedarme encerrada en la habitación, el único momento delicado iba a ser esa cena a la que tenía que acudir sí o sí, pero pasaría.

Y, además, no podía negar que tenía cierta curiosidad por saber quién era el tal Andrew.

## Capítulo 13

Pasé la mañana viendo una serie en una de las plataformas de pago a las que tenía acceso. Aunque me había despedido de mi anterior trabajo como crítica de series, mi antigua jefa me tenía pagado todo el año en todas las plataformas existentes y me estaba aprovechando de ello. O, mejor dicho, cobrando una mínima parte del paro que no me había cotizado.

Busqué una en plan comedia romántica con final feliz, para intentar levantar un poco mi ánimo, pero a los veinte minutos decidí cortar, me estaba deprimiendo más ver lo bien que le iba a otra, y me puse a ver una de vampiros y zombies que encajaba mejor con el estado de ánimo en el que estaba.

Unas horas después, mientras en la pantalla de mi ordenador una joven huía por los tejados a grito pelado de un monstruo sediento de su sangre, sonó la puerta de mi habitación.

Me sobresalté, no pensando en un monstruo, sino en Patrick. Al abrir la puerta, sin embargo, era Charles quien estaba al otro lado. Traía un carrito de color plata (si te descuidas era de plata de verdad), lleno de platos con comida: había comida como para un regimiento entero:

—Gracias Charles, pero creo que va a ser demasiado. No digo para una persona, sino para siete.

El hombre echó una carcajada y luego me lo explicó:

—Patrick ha insistido en que le trate bien y eso significa que le ofrezca de todo para que elija lo que más le guste.

Vaya, ya salía Patrick, siempre “cuidando” de mi, aunque en realidad lo que había hecho era destrozarme, pensé con algo de amargura. No quise deprimirme sin embargo y llevé la conversación a otros derroteros:

—Charles, quería pedirte una cosa: que me tutees. Como ves, he empezado yo contigo —le dije, sonriendo de oreja a oreja.

Se quedó pasmado. Apuesto a que era la primera vez en su vida que una persona alojada en ese castillo le decía algo así.

—Ehhh...bueno... —empezó, vacilante, pero, enseguida, me copió la sonrisa y añadió—, lo voy a intentar, aunque me va a costar, Katia.

—Piensa que estás en Benidorm, apuesto a que allí te diriges a la gente de tú.

Su sonrisa se amplió:

—Lo cierto es que con los desconocidos sigo usando el usted, me gusta mostrar respeto. Pero con los amigos que tenemos allí, hablo de tú.

—Pues conmigo haz lo mismo —le dije, después de anotar que había dicho “tenemos”, es decir, que no iba solo a Benidorm. Seguramente iba con su pareja. ¿Quién sería?

Por supuesto, no se lo pregunté. Una cosa es que empezáramos a tutearnos y otra que me entrometiera en su vida. En cualquier caso, aquel hombre me caía de maravilla: era al único al que salvaba de aquel lugar. Y ya que era el único con el que me sentía bien acogida, decidí preguntarle algo más sobre la cena de la noche.

—Charles, estoy un poco preocupada, porque esta noche hay una cena. ¿Hay algún tipo de norma de etiqueta? No he traído mucha ropa y...

—No te preocupes, Katia —me cortó, tuteándome por primera vez—, va a salir perfectamente. Es una cena informal. Si tienes un pantalón oscuro y una blusa, en vez de camiseta y vaqueros, mejor, pero si no, tampoco pasa nada.

—Sí, tengo algo... Pero me preocupa la condesa. No le caigo bien —solté, animada con la confianza que estábamos empezando a tener.

Enseguida me di cuenta de que me había equivocado, porque cambió su expresión risueña de manera radical. Se puso serio y envarado y tardó más de lo debido en responderme.

Claro, pensé, era su jefa y le debía respeto, no podía hablar mal de ella delante de mí, ¿cómo se me había ocurrido decirle aquello?. Por suerte, me contestó sin enfadarse, aunque seguía muy serio:

—No es tan fiera como parece. Todo saldrá bien, Katia, créeme.

Y una vez dicho, dejó el carrito con la comida y se marchó.

Me quedé un poco planchada. Me fastidiaba haber molestado al hombre como estaba claro que había ocurrido. Y más teniendo en cuenta lo amable y majo que era, porque, a pesar de que mi comentario le había desagradado, había seguido siendo amable conmigo.

Me prometí no volver a hablar de la condesa en su presencia y aguantar la cena estoicamente, más por no incomodar a Charles que por otra cosa.

Al final comí más de lo que debía, pero es que todo estaba delicioso. Pensé, por buscarle el lado bueno, que en la cena comería mucho menos, era difícil que en poca horas mi estómago se liberara lo suficiente, y eso me haría quedar como más fina. Porque daba por hecho que en las altas esferas de la nobleza comer demasiado estaría mal visto.

Después de comer me eché una pequeña siesta que me sentó peor de lo que había supuesto, porque soñé con Patrick y no fue precisamente un sueño desagradable. En él había aparecido el Patrick que había conocido en E. : paciente, cariñoso y risueño, y no el hombre envarado y cabezota que me había encontrado en Inglaterra. En el sueño también había habido un beso, como los que nos habíamos dado en E. y el que nos habíamos dado en Inglaterra, porque en eso no había ni una diferencia. Desperté con una sonrisa en los labios que se congeló cuando recordé en qué punto de nuestra relación estábamos: en el de la ruptura definitiva.

Para quitarme la tristeza que empezaba a asomar me puse el cuarto capítulo de la serie de vampiros, y envuelta de nuevo en gritos y persecuciones, me olvidé de todo.

Hasta que la puerta volvió a sonar.

Esta vez con más urgencia y más fuerte.

Ya había descartado que se tratara de Patrick, a esas horas debería estar ya en Londres, y se me hacía muy raro que Charles llamara de aquella manera, así que me dirigí a abrir la puerta un poco aprensiva. Más aún cuando se me ocurrió que podía ser la misma condesa.

No era ella, sino un hombre al que no había visto en mi vida.

Era más alto y más rubio que Patrick, pero tenía un aire parecido. Sonreía, además, igual que había sonreído Patrick cuando le había conocido. Primero se me ocurrió que podría ser su hermano, pero luego recordé que solo tenía una hermana. Antes de que se me encendiera la bombilla, el hombre me aclaró quién era:

—Buenas tardes, Katia, soy Andrew McAlister, primo de Patrick y Barón de Cornualles. También voy a ser tu guardaespaldas hoy —y volvió a sonreír de oreja a oreja.

Había dicho todo con un español correcto, pero con un acento fuertísimo, tanto, que me costó

entenderle. Pero a la vez me sentí aliviada de que hubiera hecho el esfuerzo de comunicarse conmigo en mi idioma, porque lo que me faltaba era pasar el trago de la cena con gente que no hablaba ni una palabra en mi idioma.

—Ah, hola, sí, Patrick me dijo que me acompañarías —le contesté, intentando combinar educación y amabilidad.

—Voy a hacer algo más que acompañarte, querida, voy a intentar protegerte de nuestra leona familiar.

Se me debió de cambiar la cara cuando lo dijo, porque paró la carcajada que había empezado a soltar después de decir aquella frase y me tranquilizó.

—Tranquila, Katia, la tía Elizabeth puede ser muy incómoda si no la conoces, pero luego no es para tanto. Además, ahí estaré yo, a tu derecha, para parar todos los golpes.

—Bueno, gracias, Andrew. Yo espero estar el menor tiempo posible. Espero que me ayudes a adivinar cuál es el momento de levantarme e irme sin llegar a quedar maleducada.

Se rió de nuevo y finalmente me dijo que vendría a buscarme en una hora, para que no se me hiciera violento bajar sola.

Utilicé la hora para vestirme y maquillarme. La verdad es que no tenía mucho para escoger, porque había viajado en una línea low cost y había traído una maleta francamente pequeña, pero sí había metido unos pantalones negros y una blusa del mismo color, con mangas anchas y con mucha caída, y adornada, en el cuello y el borde de las mangas, con pequeños cristallitos brillantes. Me hice un recogido informal al que le apliqué un prendedor de pelo, también con cristales brillantes, y me maquillé bastante, sobre todo los ojos, pero sin perder la elegancia y el buen gusto.

Cuando sonó la puerta de nuevo, de aquella manera enérgica y urgente que al parecer usaba Andrew siempre, acababa de echarme un último vistazo al espejo y me había dado el visto bueno.

La forma de mirarme de Andrew me confirmó que había acertado con la ropa y el maquillaje. No fue una mirada invasiva ni incorrecta, al contrario, fue muy discreto, pero ya tengo suficientes años para saber cuándo le resulto atractiva a alguien.

Bajamos al primer piso, donde estaba el comedor, en una charla distendida. Lo cierto es que el primo de Patrick era encantador, ahí tenía que reconocer que había sabido cuidarme. Era un hombre elegante y atractivo, además de muy educado. No era mi tipo (y menos mal, solo me faltaba meterme en otro lío amoroso en ese castillo), pero estoy segura de que rompería muchos corazones.

—¿Estás casado? —se me ocurrió preguntarle, de manera un poco indiscreta, la verdad, pero estaba muy a gusto con él y me salió sin pensar.

Por suerte, no se lo tomó a mal y me contestó sin problema.

—La verdad es que no. No he tenido la misma suerte que Patrick con las mujeres. Al menos hasta ahora, aunque no pierdo la esperanza.

Lo dijo mirándome intensamente y no supe cómo interpretarlo. Lo lógico es que se estuviera refiriendo a Amanda, la mujer con la que Patrick se iba a casar en un mes, pero la verdad es que me dio la sensación de que se refería a mí.

Enseguida me quité la idea de la cabeza. Seguramente se me había ocurrido aquella idea fuera de lugar, porque estaba siendo muy amable conmigo, nada más. Además, en aquel momento entramos en el comedor y lo que vimos nos hizo dejar la conversación y centrarnos en lo que teníamos delante de nuestros ojos.

Estaba todo iluminado como si fuera el salón de una recepción real, que no había estado nunca en una, pero las había visto en la tele. Había en el medio una mesa enorme sobre la que estaban

colocados varios centros de flores y una cantidad de cubiertos, vajilla y cristalería como para cien personas. Pero cuando me acerqué a la mesa, conté que había solo doce sillas, seis a cada lado, así que solo íbamos a cenar doce personas.

Yo conozco las normas básicas de etiqueta a la hora de comer, pero no con tanto cubierto, platos y vasos. Por suerte, recordé que la forma de no meter la pata era utilizar los cubiertos de fuera hacia adentro a medida que iban sacando la comida. Respecto a los vasos, no había problema: esperaría a que sirvieran las bebidas y tema solucionado.

En cuanto me tranquilicé, oí un sonido a mis espaldas. Andrew y yo nos dimos la vuelta y ahí apareció la señora condesa, rodeada de varias personas: el resto de los invitados a la cena, supuse.

En cuanto nos vio, la condesa mostró la sonrisa más amplia y encantadora que había visto en mucho tiempo —no a ella, ya que a ella no le había visto sonreír en ningún momento—, sino en general, incluidos Patrick y Andrew. Estaba claro de dónde habían sacado los dos primos aquella forma de sonreír tan maravillosa. Y también me quedó claro enseguida que la sonrisa de la condesa no se dirigía a mí, porque cuando estuvo a nuestra altura se dirigió exclusivamente a Andrew. Primero le dio un sonoro beso en la mejilla y luego, agarrándolo del brazo, le dijo que se sentara a la mesa.

En ese instante a mí solo me dirigió una mirada fugaz y un ligero asentimiento, como el que se le hace a un pobre que está pidiendo en una esquina después de darle una limosna.

Por suerte, Patrick no podía haber escogido mejor a mi cuidador, porque Andrew, sin soltarse del brazo de ella, le dijo en inglés algo que yo interpreté así:

—Espera, tita, que recojo a Katia también.

Y con el brazo que tenía libre, enganchó el mío y arrancó a andar.

Así fuimos los tres, con nuestros brazos enlazados, hacia las sillas donde íbamos a sentarnos, y detrás de nosotros el resto de los invitados. Como si fuéramos la cabecera de una comitiva alegre y festiva. Aunque mi cara y la de la condesa no casaban con la de una fiesta, claro.

El caso es que nos sentamos y ahí descubrí que, al parecer, Andrew era el sobrino preferido de la condesa, ya que lo sentó a su derecha. A mí, en una situación normal, me habría correspondido sentarme en la punta más alejada de la condesa, pero como me habían “adjudicado” a Andrew como acompañante, acabé sentada a su derecha, bastante centrada. Hasta ahí todo bastante llevadero, ya que al estar en el mismo lado de la condesa evitaría ver su cara y aguantar sus miradas. Pero ahí acabó toda mi tranquilidad, porque el resto de los invitados se conocían de antemano y pronto quedó claro que la nota discordante en aquella mesa era yo.

Para empezar, por el idioma, que empezaron a utilizar como se utiliza en lugares distendidos, es decir, rápido y comiéndose sonidos. Y ahí yo me quedé fuera de juego totalmente.

Además, me presentaron tan solo a las tres personas que estaban enfrente de mí. Se trataba de una pareja amiga de la condesa y un familiar de ellos. Eran mayores, como la madre de Patrick, e igual de estirados, aunque un poco menos que ella, ya que al menos intentaron sacar una sonrisa de cortesía. Pero ahí acabó toda su interacción conmigo. A partir de ese momento se pusieron a hablar con la condesa, con Andrew y con el resto de los invitados a aquella mesa, dejándome totalmente de lado.

Lo cierto es que Andrew a veces intentaba meterme en la conversación, pero cuando le quedó claro que no entendía absolutamente nada, desistió de hacerlo. Sí se dirigía a mí cada poco tiempo para asegurarse de que me encontraba bien, o para resumir alguna de las cosas que se estaban diciendo, pero claro, aquello no compensaba la sensación de sentirme como un pulpo en un garaje.

Cuando trajeron los postres empecé a relajarme, no podía quedar mucho para que acabara aquella tortura. Además, apareció un momento Charles para transmitirle algún mensaje a la condesa y cuando ya se retiraba, me miró de soslayo y me guiñó el ojo, y eso me reconfortó y me dio fuerzas para aguantar los minutos que quedaban.

Pero entonces ocurrió el desastre.

La condesa tomó la palabra y lo que hasta entonces habían sido varias conversaciones cruzadas se convirtió en un monólogo. Con todos los ojos fijos en ella. Yo afiné el oído pero seguía sin pillar ni una frase con sentido, solo palabras sueltas que no me decían nada. Y en ese momento, ella soltó varias risas y todas las miradas, todas, se centraron en mí.

Tengo que decir en su descargo que la mayoría de los comensales me miró fugazmente y quitó enseguida la mirada, pero no quedó ninguna duda de que la condesa había hablado de mi. Y de que lo que había dicho le provocaba la risa. Al igual que a un par de los comensales con menos escrúpulos, mientras el resto solo sonreía, alguno, como Andrew, con evidente incomodidad.

La mujer no parecía tener ni un reparo en seguir poniéndome verde en mi presencia. Supongo que daba por hecho que no le entendía, aunque no podía obviar que me estaba dando cuenta de lo que estaba ocurriendo. Por suerte, ocurrió algo que hizo que se callara de golpe: apareció de nuevo Charles con una bandeja y ella dejó la frase que estaba soltando a medias.

En ese momento, Andrew aprovechó para cambiar de tema y creo que se notó alivio por parte de los comensales.

Estaba claro que por muy extrajera que fuera y por muy poco que pegara en aquel lugar, nadie con un poco de corazón podría disfrutar del machaque al que estaba siendo sometida.

Le agradecí internamente a Andrew su intento de reconducir la situación, pero yo estaba fatal y solo quería irme de allí, así que en un momento en que otros comensales tomaron la palabra, se lo dije al oído:

—Necesito irme, me encuentro muy mal.

Me miró alarmado, porque yo había disimulado muy bien el disgusto y creo que él había pensado que lo llevaba bien.

—Lo siento Katia, no estoy haciendo bien el trabajo que me ha encomendado Patrick —me dijo pesaroso.

—Tu no tienes la culpa, es esa mujer horrible —dije sin poder evitar echarle una mirada incendiaria a la condesa que, cuando la vio, congeló su sonrisa.

Entonces Andrew, viendo que el tema se nos podía ir de las manos, se levantó de golpe y sacando esa sonrisa que hacía que todo pareciera liviano y fácil, dijo, sin alterarse:

—Si me permitís, voy a acompañar a Katia a su habitación, está ligeramente indispueta.

O algo así, aunque esta vez sí entendí el fondo de lo que dijo, porque había hablado lo suficientemente despacio para que yo le entendiera.

Yo me levanté como si tuviera un resorte en la silla, pero intenté sonreír y poner cara de circunstancias al mismo tiempo, para transmitir que estaba indispueta, pero también era muy educada y sabía mantener las formas.

Nadie puso ni una pega, claro, y supongo que todos sabían que me iba por lo que había ocurrido unos minutos antes, pero todos disimularon y yo salí agarrada del brazo de Andrew, muy digna, pero acelerando mis pasos a medida que me acercaba a la puerta de salida:

—Gracias, gracias, gracias —le dije a Andrew una vez estuvimos fuera del comedor y con las lágrimas a punto de escaparse

—Ni se te ocurra darme las gracias, estoy fastidiado por no haber sido capaz de protegerte

mejor.

—Es esa bruja, no tú —le dije sin poder evitarlo, pero es que la odiaba en ese momento.

Él, en vez de enfadarse, algo que podría haber pasado ya que, al fin y al cabo, acababa de insultar a su tía, echó una carcajada:

—La verdad es que le queda muy bien el título de bruja, sí —dijo antes de pegarse otra carcajada—, pero te aseguro, aunque sé que no me vas a creer, que no es mala mujer.

—No, no te creo —le contesté con una media sonrisa, porque sus carcajadas me habían relajado un poco, pero sin bajarme de mi opinión sobre la condesa.

—Verás —continuó él—, está celosa y muerta de miedo, eso es todo.

—¿Celosa, de mí? —le contesté, incrédula.

—Sí, celosa de ti. Aunque me consta que Patrick apenas le ha hablado de ti, es muy perspicaz y estoy segura de que se ha dado cuenta de la relación que tenéis, de lo que supones para él. Ella quiere a su hijo, pero es bastante incapaz en la demostración de sus afectos.

Me quedé con la boca abierta, no por la explicación, al fin y al cabo, era muy típica en la relación suegras/nueras, sino porque lo que implícitamente estaba dando a entender Andrew era que sabía los sentimientos que había, o había habido, entre Patrick y yo. Y eso solo podía saberlo porque Patrick se lo había contado. O porque era tan perspicaz como su tía.

Decidí aclararlo.

—Y tú también eres muy perspicaz.

—No, a mí me lo ha contado Patrick. Y esto está relacionado con lo otro que le pasa a mi tía: el miedo.

Me lo había dicho con total naturalidad y yo seguía con la boca abierta. Estaba claro que para Patrick yo había sido lo suficientemente importante como para contarle intimidades a su primo y este último no tenía ningún reparo en confesármelo. Y todo eso a un mes de que Patrick se casara con otra. No tenía mucho sentido, pero cuando me concentré en lo otro que me había dicho, su respuesta me dejó aún más sorprendida.

—¿Miedo a qué?

—A que no se case con Amanda. Ha sido su sueño desde que eran niños. Amanda representa el ideal de nuera para una condesa como mi tía, y tu aparición la tiene temblando porque puede poner en peligro la boda.

Abrí y cerré la boca varias veces sin ser capaz de soltar ni un sonido. Unos minutos antes yo estaba derrotada, abandonada por el hombre del que estaba enamorada, teniendo que asimilar que estaba a punto de casarse con otra y, por si fuera poco, siendo insultada y ridiculizada por su madre. Y ahora Andrew me presentaba las cosas como si todo aquello fuera un espejismo mío, y fuera yo la que estaba más cerca de ganarme el corazón de Patrick.

—Ya puede estar tranquila —le contesté con cierta dureza, no dirigida a él, sino a mi situación tal y como yo la veía —no tengo nada que hacer con Patrick. Él mismo se ha encargado de decírmelo varias veces, la última y definitiva, esta mañana.

—Sí, lo sé, él mismo me lo ha dicho.

—¡Qué discreto! —me salió del alma, un poco enfadada porque Patrick fuera contando mis intimidades por ahí.

—Lo siento, Katia, tienes razón, pero no te preocupes, sólo me lo han contado a mí, somos uña y carne, como hermanos. Su única hermana, mi prima Constanza, vive en Australia y no tienen mucha relación, es igual que mi tía.

—Ya.

—Pero lo importante, Katia, es que entiendas que sí tienes opciones. Y no solo eso, sino que algunos queremos que las tengas.

—¿Opciones de acabar con Patrick?

—Sí.

—¡¡Pero si está a punto de casarse!!

—Por desgracia.

—¿No te gusta Amanda?

—No me gusta la pareja que hacen. Ha sido una relación muy destructiva, al menos para Patrick.

—Sí, eso me ha contado él, pero, aún así, va a casarse con ella.

—Y va a cometer el mayor error de su vida. Y eso que en asuntos amorosos ha cometido unos cuantos.

Me quedé de nuevo sin palabras. Al cabo de un minuto de silencio fui capaz de ordenar mis ideas.

—Andrew, yo estoy enamorada de Patrick, por eso me he presentado aquí sin previo aviso: una locura de la que me arrepiento, pero que da una pista de lo loca que estoy por él. Pero se ha mostrado inflexible, yo también veo que estar con Amanda no le conviene, pero no he conseguido hacerle cambiar de opinión: no está tan enamorado de mi como yo de él.

—En eso te equivocas. Nunca he visto a Patrick como lo he visto contigo. Me habló de ti desde el día que te conoció. También me contó cómo cortasteis, tu malentendido..., en fin que se todo y sigo pensando que eres lo mejor que le ha ocurrido en la vida.

—Pero él no está de acuerdo.

—Él es un cabezota y le cuesta tiempo asimilar las cosas.

—Eso me han dicho quienes le conocen en E., Andrew, pero no tengo tiempo. Ni ganas. Llevo pasándolo mal desde que llegué.

—Siempre hay tiempo, hasta el último momento, Katia. Aunque entiendo que estés cansada. ¿Por qué no vas a dormir? Mañana podemos seguir con la conversación. O no, lo que tú prefieras. Lo que quiero es que sepas que conmigo tienes un aliado.

Consiguió hacerme sacar una sonrisa. Cuando llegamos ante la puerta de mi habitación, le di un abrazo y me despedí hasta el día siguiente, no sin antes añadir algo que me rondaba hacía unos minutos:

—Eres un encanto, Andrew. Tengo una amiga en Madrid con la que congeniarías seguro. Cuando quieras, te invito a pasar una temporada.

Sonrió de oreja a oreja y me contestó:

—Te tomo la palabra. Sobre todo en lo que respecta a tu amiga.

Echamos los dos una carcajada y me metí en la habitación.

## Capítulo 14

El final de nuestra conversación había conseguido cambiarme el humor un poco, pero una vez dentro, hice recapitulación de lo ocurrido y el pesimismo volvió a apoderarse de mí.

Era maravilloso tener un aliado en el castillo y también todo lo que Andrew me había dicho, pero, siendo realista, no tenía nada que hacer con Patrick. Porque él no quería. Y yo había tirado la toalla. Solo me quedaba pasar el día siguiente con los menores perjuicios posibles y esperar al siguiente para coger el avión, volver a E. y recuperarme de mi enésimo fracaso amoroso.

Con esa idea me metí en la cama, y caí dormida ipso facto, porque estaba agotada.

Pero hacia las tres de la madrugada me desperté. Tenía un hambre horrible. Con el disgusto de la cena tensa, apenas había comido nada. No tenía en la habitación nada para comer, así que di un par de vueltas en la cama para ver si conseguía dormir. Pero nada.

Lo cierto es que cuando una preocupación u obsesión toma el mando del cerebro, suele ser imposible dormir, y el mío ya estaba secuestrado por la sensación de hambre y la necesidad de meterme algo en el estómago.

Al final me levanté. Comprobé, aunque ya lo sabía, que ni en la maleta ni en el bolso tenía nada que llevarme a la boca. Me asomé a la ventana y entonces vi que hacía una maravillosa noche de luna llena. La luz de la luna era tan intensa que, a pesar de ser las tres de la madrugada, se distinguían perfectamente las siluetas de los árboles y los montes lejanos. Era un espectáculo mágico que me entretuvo unos minutos, pero, al final, un rugido de mis tripas me llevó de nuevo al hambre que tenía.

Estaba claro que pasarme así las horas que quedaban hasta la hora del desayuno iba a ser una tortura, así que al final tomé la decisión de salir de excursión.

Se me ocurrió que después de la comilona, tenía que haber un montón de sobras en la cocina. Sabía más o menos donde estaba, así que decidí arriesgarme. Encendí la linterna del móvil y salí de la habitación.

Como al fondo del pasillo había una ventana que daba al exterior, no estaba tan oscuro como había supuesto, así que entre la luz de la luna y la de mi móvil me pude mover con seguridad hacia las escaleras y, una vez en ellas, bajar hacia el lugar donde estaba la cocina.

Todo iba de maravilla, hasta que escuché un sonido que me hizo quedarme paralizada.

Al principio me pareció que sonaba como pasos apresurados. Luego ruido de muebles moviéndose. Era muy sutil, pero constante: había alguien más despierto aparte de mí.

Y, no sé por qué, en vez de tomar la decisión más prudente y volver a mi habitación, empecé a andar de nuevo y mis pasos me llevaron hacia donde estaba la cocina, que era también el lugar de donde procedían los ruidos.

A medida que me iba acercando empezó a quedarme más claro que había alguien allí, moviéndose. El ruido de los muebles era más evidente, y también me pareció oír susurros: ¿habría más de una persona?

Enseguida imaginé de quién se trataba: los criados.

En un lugar tan grande, seguro que algunos empezaban a trabajar muy temprano. Además, el día anterior había habido cena, seguro que un par de ellos se habían levantado para terminar de recoger y limpiar todo y tener todo en orden a la hora del desayuno.

Con la idea clara, decidí entrar. Me iba a venir bien además, ya que ellos me darían algo de comer y no tendría que andar cogiendo comida como si fuera una ladrona.

Con la mano en la puerta pensé que incluso igual tenía suerte y uno de ellos era Charles, aquel hombre tan amable.

Y abrí.

Y sí, efectivamente, una de las dos personas que había en la cocina era Charles, pero esto era lo único en lo que había acertado.

La cocina, en la que no había entrado nunca, era una estancia muy espaciosa, con dos de sus cuatro paredes rodeadas de ventanas, así que, aunque la luz estaba apagada, la luz de la luna entraba a raudales y no necesitaba ni la linterna del móvil para ver lo que estaba ocurriendo dentro.

En el centro había una isla central y frente a uno de sus laterales estaba Charles. Desnudo. Embistiendo a una mujer que estaba sobre la isla a cuatro patas. La mujer tenía el pelo suelto, largo, y le caía a los lados del cuerpo.

Un cuerpo que no estaba nada mal teniendo en cuenta su edad.

Bueno, exactamente no sabía qué edad tenía, pero sí que era bastante mayor, porque su hijo, Patrick, ya tenía cuarenta años.

Salí disparada, por supuesto, aunque no pude evitar que me vieran perfectamente, la condesa, de hecho, soltó un grito que oí perfectamente justo cuando la puerta se cerraba detrás de mí.

Llegué a mi habitación en menos de un minuto, estoy segura de que había batido mi marca de velocidad de todos los tiempos, y cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en la puerta para evitar que lo que acababa de presenciar entrara. Una tontería, claro, porque las imágenes estaban perfectamente grabadas en mi cabeza. Para siempre, me temía.

## Capítulo 15

No volví a pegar ojo, claro. Estuve repitiendo en mi cabeza una y otra vez las imágenes de lo que había visto. A ratos, me parecía inconcebible y pensaba que habían sido producto de mi imaginación, pero luego, enseguida, me daba cuenta de que habían sido totalmente reales. Que había pillado a Charles y la condesa en pleno acto sexual. Y no un acto cualquiera, sino de una manera que hasta a muchos más jóvenes que ellos les costaría (¿cómo se habría subido la condesa a la isla de la cocina?).

¿Llevarían mucho tiempo de relación o les había pillado en su primer y único contacto? No tenía datos para responder a la pregunta, pero entonces recordé que cuando Charles había entrado en el comedor, la condesa había dejado de criticarme y ridiculizarme, aquello daba a entender que el hombre tenía mucho ascendiente sobre ella. Más que nadie en aquella mesa, de hecho. Y eso solo podía ocurrir si había una relación intensa entre ellos. ¿Pero, cómo podía ser?. Él era un criado y ella la persona más clasista que había conocido en mi vida. No me cuadraba nada.

Pero bueno, aquello, aparte de la impresión y la curiosidad que me causaba, tenía también un lado positivo para mí. Ahora tenía información muy, muy sensible sobre la señora condesa. No iba a utilizarla contra ella, y menos teniendo en cuenta que podía dañar también al encantador Charles, pero me iba a servir para que ella me dejara en paz. Estaba segura de que en ese momento ella tenía que estar temblando ante la posibilidad de que yo contara lo que había visto. Y no, no lo iba a hacer, pero ella no lo sabría hasta que me marchara.

Con aquel “regalo” inesperado que me había sido concedido un día antes de irme, esperaba pasar aquel último día más tranquila y sin sobresaltos. Patrick me había dicho que esperaba volver ese día, pero no me había dicho la hora, así que si la suerte me seguía acompañando, volvería tarde y yo solo le vería un momento para despedirnos y se acabó.

Me ponía triste al pensarlo, pero también me aliviaba. Necesitaba marcharme y empezar mi vida de cero una vez más.

Mis planes, sin embargo, se torcieron nada más amanecer. Estaba empezando a vestirme cuando oí que un coche aparcaba a la entrada del castillo. Me asomé y era el descapotable rosa.

Era Patrick.

Le vi bajar, seguro y atlético. Y guapo, muy guapo. Tanto, como prohibido para mí. Verle y este pensamiento me pusieron triste, pero no me duró mucho la tristeza, porque un par de minutos después, la puerta de mi habitación sonó y no me quedó ni una duda de que era Patrick.

Abrí intrigada, había vuelto muy pronto y había venido directo a mi habitación, aquello no era casual.

—Hola Katia —me dijo en cuanto abrí la puerta—, disculpa que venga tan pronto, pero te he visto asomada en la ventana y sabía que estabas despierta —vaya, pensé yo, ya me había pillado—, y como he venido antes de tiempo precisamente para hablar contigo, he aprovechado. ¿Te apetece que demos un paseo y te lo cuento ?.

—No, no me apetece.

Conseguí sorprenderle, claro, porque no se esperaba una respuesta tan dura. Pero no lo había hecho por eso, sino porque era realmente lo que pensaba. Después de lo ocurrido el día anterior lo último que me apetecía era estar a solas con él al aire libre.

Pero él, al parecer, había venido con las ideas muy claras, y después del momento de sorpresa, insistió:

—Sí, lo entiendo, pero es importante lo que te quiero decir, Katia y me parece que puede ser peor estar aquí, en el pasillo, cualquiera nos puede ver y pensar que...

—Vale, vale, déjalo —le corté yo, siguiendo con mi tónica seca—, ya voy, sobre todo para acabar lo antes posible. Espérame abajo.

Me hizo caso casi como un autómatas y echándome una última mirada de asombro.

Nunca me había visto así, tan enfadada y contenida al mismo tiempo y se notaba que estaba descolocado conmigo, pero eso es lo que te puede suceder si dejas plantado al amor de tu vida por una tía a la que no sabes ni siquiera si quieres, pensé yo, reforzando mi actitud cortante.

Cinco minutos después me presenté en la entrada, dispuesta a pasear con Patrick y a escucharle lo que tuviera que decirme. Había bajado un poco mi mala leche y había aumentado mi curiosidad, aunque estaba segura de que, fuera lo que fuera a contarme, no era que había decidido dejar a Amanda por mí.

Y, efectivamente, no era eso.

—Katia, Andrew me llamó ayer por la noche y me contó cómo se había portado mi madre contigo durante la cena. Llevo años aguantando sus desplantes conmigo, pero no voy a tolerarle que lo haga con las personas que quiero. Voy a hablar con ella y te va a pedir perdón antes de que te vayas.

Así que era eso... Bueno, estaba claro que Andrew había actuado conmigo como el perfecto guardaespaldas hasta el último momento. Aquello me reafirmó en mi idea de ponerle en contacto con mi amiga. Pero aparte de eso, también estaba claro que Patrick era un desastre con su vida amorosa, pero seguía siendo buena gente. Acababa de confirmarme que iba a ser capaz de enfrentarse a su madre por primera vez en su vida, y lo iba a hacer por mí.

Aparte de decirme que me quería, claro.

Aunque no lo suficiente como para cambiar sus planes de boda, porque no se me había escapado el “antes de que te vayas”.

En fin, una mezcla de buenas y malas noticias, como siempre con Patrick.

Pero yo seguía con ganas de romperle los esquemas y descolocarle, ya que no había conseguido enamorarle lo suficiente:

—No quiero que hables con tu madre, Patrick. No hace falta.

Me miró un poco sorprendido, pero enseguida interpretó lo que había querido decir:

—Te lo agradezco Katia, pero esta vez no se lo voy a pasar. No se lo quiero pasar. Ha colmado mi paciencia.

—Patrick, te entiendo, tu madre es realmente difícil y conmigo ha sido maleducada, por decirlo suavemente, pero te pido, por favor, que no le digas nada. Seguramente tu madre se merece que le pongas pilas, pero no lo hagas por lo que me ha hecho a mí, por favor.

Esta vez le había quedado claro, pero aún así se resistió:

—¿Tienes miedo de que tome represalias?

Me reí.

—No se me ocurre que pueda hacerme algo peor de lo que me hizo ayer, pero, aún así, aunque tuviera tentaciones de hacerlo, no tiene tiempo, me voy mañana, así que no, no es eso.

—Sí, es verdad —dijo bajando la cabeza—, pero no lo entiendo ¿por qué no quieres?

No podía decirle la verdad, que yo ya me había vengado de ella sin buscarlo. Ella sabía que yo sabía lo que había hecho con Charles. No solo que lo sabía, sino que la había visto. Eso tenía que estar mortificándola desde que los había encontrado. Lo sentía por Charles, pero ella se lo tenía merecido. Yo no iba a decirle nada a nadie. A nadie. ¿Qué ganaba contárselo a Patrick? Estaba claro que él tenía que enfrentarse a su madre, pero no por lo que yo había visto, sino por la vida de control y falta de cariño a la que le había sometido desde niño.

Y tampoco ganaba nada por contárselo a otras personas y ridiculizarla. No, eso habría sido caer en su propio juego, repetir lo que había hecho ella conmigo. Tener, en definitiva, muy poca clase.

Así que mi venganza iba a ser mucho más sutil: iba a estar callada, para que ella estuviera siempre temerosa de que yo hablara y, cuando pasara el tiempo y comprobara que no iba a ocurrir, para demostrarle que yo era mucho más elegante que ella.

Pero claro, no le podía decir eso a Patrick, así que inventé sobre la marcha otra explicación.

—Quiero irme de vuelta a casa tranquila, Patrick. No quiero jaleos, creo que ya he tenido demasiados desde que he venido. Ponte en mi lugar.

—Lo entiendo —me dijo—, pero cuando te vayas hablaré con ella.

—Bueno —claudiqué al fin—, cuando me vaya haz lo que quieras, pero que ella no lo asocie conmigo. Que lo asocie con Andrew. Quiero que piense que estás enfadado por lo que te contó tu primo, no porque me afectó lo que me hizo.

Patrick sonrió y, como siempre que lo hacía, todo se iluminó alrededor.

—¡Cómo eres!, así que en el fondo es una venganza. Dijo sin quitar la sonrisa.

—Efectivamente —le contesté yo también sonriendo y sin mentirle, porque claro que había una venganza en mi actitud, aunque él no supiera exactamente cuál.

Y él sonrió más aún y aquello produjo un efecto maravilloso.

Durante toda la conversación, habíamos avanzado por un camino que había a la salida del palacio. Un camino diferente al del día anterior y que nos estaba llevando entre árboles preciosos y el sonido de los pájaros. Porque hasta que no vi su sonrisa no me fijé en lo precioso que era todo. Y en lo bien que estaba siempre a su lado.

Y cuando iba a quitar estos pensamientos de mi mente inmediatamente, porque iba a caer en la cuenta abajo de mis sentimientos hacia él, él dio un paso al frente y me besó.

## Capítulo 16

Respondí al beso, claro, ¿cómo no iba a hacerlo? Patrick era el amor de mi vida. Separada de él podía pensar y tomar decisiones drásticas. A pocos metros de él podía ser cortante y fría, pero entre sus brazos, lo único que podía hacer era dejarme llevar por la enorme atracción que nos empujaba a hacernos uno.

Y nos ocurrió como el día anterior. El tiempo se detuvo, nuestras pegas y reticencias desaparecieron, al igual que desaparecieron Amanda y la señora condesa.

Quedamos solo él y yo, envueltos en bosque y refugiados en los brazos del otro: el mejor lugar del mundo.

Esta vez, además, Patrick me estaba besando más activamente que el día anterior. Después de un beso prolongado en el que nuestras lenguas se enredaron y jugaron entre ellas, durante el que nos comimos los labios, los lamimos, los besamos con dulzura y pasión, volvió a apartarme de él, como había hecho el día anterior. Pero esta vez no acabó todo ahí. No me dejó plantada y se dio la vuelta. Al contrario, me miró intensamente, de esa forma que hacía que mis piernas flaquearan y, después de sonreír ligeramente, acarició mis mejillas con al punta de su dedo índice.

El cuerpo de Patrick no tenía secretos para mí, al igual que el mío no los tenía para él. Conocíamos nuestros recovecos y las caricias que más nos excitaban, por eso mismo, aquella suave caricia en la mejilla podría parecer poca cosa al lado de lo que nos habíamos hecho sobre la cama de su habitación en E., pero nada más lejos de la realidad. A medida que su índice iba recorriendo mi mejilla notaba cómo todo mi cuerpo se encendía. Era algo mágico, aumentado por el efecto que su mirada, fija en intensa, ejercía en mí. Era como si toda yo me hubiera convertido en un líquido cálido, en una llama intensa.

Nunca, jamás, había sentido algo así con nadie.

Aguanté lo que pude en aquella postura, con el único contacto de su dedo, ahora dibujando mi mentón, la forma de mi boca y la línea de mis cejas, hasta que la necesidad de tener más partes de mi cuerpo pegadas a él se hizo insoportable.

Me pegué de nuevo a él, pero en vez de juntar mi boca a la suya, decidí hacer lo mismo que había hecho él con su dedo, pero con mis labios.

Recorrí su oreja de aquella manera, el lateral de su cuello, donde una ligera palpitación me mostraba lo excitado que estaba, y también recorrí con mis labios sus cejas, su mejilla, su mentón.

Él no pudo evitar soltar suspiros de placer, el mismo placer que estaba sintiendo yo. Y le ocurrió igual que a mi y acabó pegando su cuerpo al mío.

Grande, fuerte, poderoso, sus músculos eran una mezcla de acero y el hogar más cálido.

Cerca de nosotros había un árbol enorme, decidí acercarme a él sin soltar el abrazo con Patrick. Quería apoyarme en el árbol para que el contacto con él pudiera ser más intenso sin caernos.

Lo entendió perfectamente y no solo vino conmigo hacia el árbol, sin dejar de abrazarnos y besarnos, sino que cuando tuve la espalda contra él, se agachó un poco y agarró mis muslos.

En un gesto rápido me impulsó hacia arriba, de tal forma que con la espalda contra el árbol, puede rodear su cuello con mis brazos y su cintura con mis piernas.

Y en esa postura, a horcadas sobre él, nuestros sexos entraron en contacto.

Teníamos varias capas de ropa entre ellos, pero yo notaba perfectamente su erección grande dura y palpitante, al igual que él debía notar mi calor húmedo.

En ese momento nuestros labios se juntaron de nuevo y nuestros besos se volvieron más intensos y apasionados.

Habíamos cogido la senda del amor y ya no había nada que parara la mutua atracción y el amor que sentíamos uno por el otro.

O quizá sí.

Esta vez fue mi cabeza. Fue un segundo apenas, cuando Patrick volvió a apartarse un momento para mirarme intensamente antes de volver a besarme.

Yo entré en pánico.

Recordé lo que había ocurrido el día anterior, tuve miedo de que fuera a ocurrir lo mismo, que, de nuevo, me dejara plantada.

Y una vez que mi cabeza tomó el mando, todo lo ocurrido con él desde que había llegado a Inglaterra se me hizo presente de nuevo: su compromiso y próxima boda con aquella mujer que no le convenía y su negativa a dejarla y empezar una nueva vida conmigo.

Sí, me estaba besando, me iba a hacer el amor apasionadamente, pero, ¿eso significaba que había cambiado de opinión?, ¿significaba que iba a dejar a Amanda?

Y mi cabeza me respondió: No.

Y entonces mi cuerpo actuó: bajé las piernas de la cintura y utilicé los brazos para separar su cuerpo de mi. Lo hice muy suave, pero él entendió mi intención y se apartó un poco. No opuso resistencia, pero me miró con sorpresa.

Y entonces, una vez que tuve los pies en el suelo y la suficiente distancia con su cuerpo, hice lo mismo que había hecho él el día anterior: me di media vuelta y me fui, dejándolo plantado.

No me fui corriendo y él tampoco me siguió. Había entendido perfectamente que nuestro momento de pasión había terminado y era un hombre muy respetuoso. Lo que seguramente no habría interpretado bien es por qué acababa de comportarme yo así.

Mientras me iba acercando de nuevo al palacio di por hecho que Patrick estaría pensando que lo había hecho por venganza, por devolverle lo que me había hecho él a mí el día anterior. Pero no había sido por eso. Había sido por miedo. Por terror. No quería hacerme ilusiones de nuevo, no iba a poder soportarlo. No quería estar entre sus brazos y que luego me dijera que se había acabado todo, que iba a continuar con la idea de casarse con Amanda.

Y estaba convencida de que iba a ocurrir así, porque nuestro momento de pasión no había sido premeditado, ni por mí ni por él. Había surgido como al parecer surgía siempre que estábamos solos los dos, como una consecuencia natural e inevitable de lo que sentíamos. Pero si hubiéramos ido hasta el final, él se habría arrepentido, seguro. Así que había hecho bien en cortar el momento.

Triste y decidida al mismo tiempo, di una suave curva que llevaba a la entrada al palacio y me topé de frente con la persona que me iba a hacer olvidar lo que acababa de ocurrir los últimos

minutos con Patrick.

Arreglando flores, también como el día anterior, estaba Charles.

Me paré de golpe. Estaba a unos 50 metros de él y estaba tan concentrado en lo que estaba haciendo que no se dio cuenta de que yo estaba ahí.

Desde que les había pillado en la cocina, había pensado mucho en la condesa, pero apenas en él. Charles me caía muy bien, era, de hecho, junto con Andrew, la única persona que me había tratado bien en aquel lugar. No quería ofenderle ni molestarle por nada del mundo y suponía que después de cómo le había pillado con la condesa, él no tendría ni una gana de verme. Así que decidí intentar pasar desapercibida para que no se sintiera violento al verme.

Supuse que a lo largo del día, tarde o temprano, me vería, pero con un poco de suerte, estaríamos rodeados de mucha gente. Yo intentaría no mirarle o hacerlo de forma neutra (no así a la condesa, a la que pensaba mirar muy fijamente), para que no se sintiera incómodo y, como al día siguiente me iba a ir, él podría respirar tranquilo.

Así que solo me queda esquivar aquel incómodo encuentro.

Valoré mis opciones, pero el tema estaba difícil. El camino era estrecho y llevaba directamente al lugar donde estaba él. En un principio pensé que la única manera de evitar el encuentro iba a ser volver hacia atrás y buscar otro camino de acceso al palacio. Pero aquello me podía llevar a encontrarme de frente a Patrick de nuevo y no podía arriesgarme.

Cuando estaba a punto de tirar la toalla, me di cuenta de que siguiendo por el camino, a unos veinte metros de donde estaba Charles, había una pequeña desviación a la izquierda que me había pasado desapercibida porque estaba rodeada de macizos de flores.

Si iba con mucho cuidado y en silencio total, podía cogerla y que el hombre no me viera, porque él estaba enfrascado con un macizo a mi derecha.

Empecé a avanzar muy lentamente, mirando donde pisaba para evitar que algún guijarro u hoja seca me delatara, llegué a la desviación contenta, porque Charles se había alejado aún un poco más y me daba la espalda totalmente: un par de pasos más y desaparecería de su vista.

Pero cuando le di la espalda y estaba a punto de cantar victoria, su voz inconfundible dijo en alto:

—Good morning, Katia.

## Capítulo 17

Me pegué más susto yo del que quería evitarle a él. De hecho, lo primero que pensé mientras me iba dando la vuelta para saludarlo fue que él, desde luego, no parecía tener ni un problema en encontrarse conmigo después de lo que había visto unas horas antes.

Su expresión relajada y su sonrisa radiante me lo confirmaron.

—Good Morning, Charles — le contesté yo, en las únicas palabras en inglés que pensaba utilizar en la conversación e intentando mostrarme tan relajada como él, pero sin conseguirlo.

—¿Has dormido bien?

—Sí, he dormido bien —le contesté siguiendo su conversación de cortesía, pero sin poder evitar una cara de alucinada por su impasibilidad, pero también porque se atreviera a sacar a colación el tema de la noche pasada. Desde luego, a él parecía importarle un bledo que le hubiera pillado con su jefa. Por si no me hubiera quedado claro, continuó:

—Yo he dormido poco, pero lo he hecho como un tronco. La verdad es que estaba cansado.

Abrí los ojos como platos y solo fui capaz de decir:

—Ah.

Había dormido poco. Estaba cansado. Sólo le había faltado contarme cuántos orgasmos había tenido. Estaba alucinada, porque no me parecía ni medio normal lo que había visto ni, suponía, era algo que supiera alguien más que los dos protagonistas y yo misma, pero a Charles aquello parecía darle lo mismo.

Y entonces echó una carcajada, seguramente por la cara que estaba poniendo yo, y, como si me hubiera escuchado, dijo:

— No me importa nada que sepas con quién y qué he estado haciendo esta noche, Katia, nada de nada. Al contrario, me alegro de que haya ocurrido, me alegro de que nos encontraras.

Lo dijo con una tranquilidad pasmosa y sin dejar de sonreír. Yo seguía sin ser capaz de asimilarlo, así que continué con mis monosílabos:

—Ah.

—Lizzie no está tan contenta, claro, de hecho está horrorizada, pero aunque aún no te conozco bien, yo sé que no tiene que estar preocupada. Ya se lo he dicho.

¿¿¿Lizzie????... No podía ser otra que la madre de Patrick. ¿Charles la llamaba así?, aunque bueno, pensé enseguida, le había visto hacéndole cosas mucho más íntimas que la utilización de ese diminutivo. ¿Y qué había querido decir con lo último?. Entonces él volvió a hablar y me sacó de esos pensamientos.

—¿Tienes un momento, Katia?

—Sí, la verdad es que no tengo nada que hacer.

—Vamos a sentarnos y te explico todo —añadió, señalándome un lugar en el que había un banco.

Le seguí hasta allí y nada más sentarnos empezó a hablar. Le dejé hacerlo sin interrupciones porque la historia que me contó, aparte de aclararme todo, era fascinante.

—Lizzi e y yo nos conocemos desde niños. Ambos nacimos aquí con una diferencia de cinco días. Ella era la hija de un conde y yo el hijo de su ayuda de cámara. A pesar de la diferencia de clase, durante nuestra infancia fuimos los únicos niños que vivían aquí, así que ya te puedes imaginar que nos convertimos en amigos inseparables. Es algo que sucede a menudo —apostilló al ver que yo ponía cara de asombro—, una cosa es la vida oficial, en la que las distancias se mantienen férreas e inamovibles, y otra el día a día. Nuestros padres nos dejaban estar juntos siempre que las distancias se mantuvieran en lo que ellos consideraban esencial.

—¿Y qué consideraban esencial?

—Colegio, amistades fuera de palacio y, sobre todo, pareja.

—Ah, claro.

—Sí, y nosotros lo sabíamos y lo aceptábamos. Pero a ese plan le faltaba un aspecto fundamental.

—¿Cuál?

—Lo que no sabían nuestros padres, y nosotros descubrimos al llegar a la adolescencia, es que lo esencial no eran esos aspectos que les preocupaban a ellos, lo esencial era el amor. Y lo descubrimos porque nos enamoramos uno del otro hasta la última célula de nuestros cuerpos y con toda nuestra alma.

Le miré embobada, porque lo había dicho de tal manera, con tal intensidad, que me había transmitido ese amor: lo sentía alrededor de él. —Y así seguimos más de cincuenta años después.

—Madre mía —me salió tan solo.

—Si, Lizzie es el amor de mi vida y yo soy el amor de su vida. Los dos lo sabemos desde los quince años. Mantenemos por fuera las apariencias, pero nunca, jamás, hemos dejado de querernos.

—Pero ella se casó —me salió del alma, era algo evidente. No sólo se había casado, sino que había tenido dos hijos. Una duda me surgió entonces y debió asomar a mi mirada, porque me la aclaró inmediatamente.

—Ayer nos viste en pleno acto de amor, pero durante su matrimonio no lo hicimos ni una vez.

—¿En serio?.

—Totalmente. Mira, Katia, nuestra vida en común no ha sido fácil, aunque yo no la cambiaría por nada del mundo. Supimos desde siempre que no podríamos casarnos. Ahora hasta los reyes se casan con plebeyas, pero en nuestra juventud aquello era impensable. Y yo, encima, era el hijo del ayuda de cámara de su padre. Nada, ni se nos pasó por la imaginación plateárnoslo. Lo que decidimos fue vivir nuestro amor según las circunstancias de cada momento. Adaptarnos y sacar lo mejor de cada momento. Y es lo que hicimos. Lizzie perdió la virginidad conmigo —continuó—, y durante nuestra adolescencia y juventud fuimos muy activos sexualmente, disfrutamos mucho, pero en cuanto la prometieron —porque ella no tuvo nada que ver con aquello—, cortamos por lo sano. Para entonces yo ya estaba como trabajador dentro de palacio así que reconvertimos nuestra relación. El nuevo conde, además, su marido, era un buen hombre y no veía con malos ojos que Lizzie y yo paseáramos de vez en cuando o tuviéramos confidencias. No fue el mejor período de nuestras vidas, para que lo voy a negar, pero tampoco fue malo.

—Pero ¿cómo pudiste aguantar que ella durmiera con otro?

Sonrió antes de contestar:

—Cuando quieres tanto a alguien como quiero yo a Lizzi, soportas eso y lo que haga falta. Además, compensó, porque los chicos han salido estupendos.

—¿Los chicos?

—Sí, Connie y Patrick.

—Ah, es verdad, sus hijos.

—Sí, para mí son como mis propios hijos. Los quiero con locura.

—¿Y ellos saben algo?

—No, no, ellos no saben nada. Patrick creo que podría asumirlo, pero Connie es igual que su madre y le costaría muchísimo.

—¿Rígida y autoritaria?

Juro que me salió sin pensar, pero inmediatamente me di cuenta de que acababa de insultar al amor de su vida. Iba a intentar arreglarlo y empecé a balbucear un añadido, pero él me cortó:

—Tranquila, Katia. Sí, es cierto, de cara a la galería Lizzie es bastante insoportable, pero es una imagen. La verdadera Lizzie, la que yo conozco, no es así: es sensible y cariñosa y apasionada. Y compasiva.

—Ya bueno, sí. Es una pena que esa parte solo la veas tú y que lo que tu llamas imagen sea lo que ve el resto del mundo. Y no lo digo por mí, sino por su hijo.

—Sí y por ti también, Katia —dijo entonces dejándome con la boca abierta—. No está bien cómo te ha tratado. Ya se lo he dicho, pero en su vida “oficial” no tengo mucha influencia. Ella ha sido educada en unos valores muy rígidos y cree que así debe educar a sus hijos. Por eso está empeñada en casar a Patrick con Amanda, un grave error, y por eso te trata mal. Te tiene miedo. Tiene miedo de que estropees su plan para Patrick.

—¿Te parece un error que Patrick se case con Amanda? —no pude evitar preguntarle.

—Claro que es un error. Ya no se quieren, si es que ella le ha querido alguna vez, y se hacen daño mutuamente. Pero Lizzie está empeñada y Patrick no se atreve a contravenirla.

—Eso es lo que más me desespera de Patrick. Porque ya es mayorcito.

—Sí, bueno, ha sido víctima de su educación, pero yo creo que hay esperanza.

—¿A qué te refieres?

—A que estás aquí y tu presencia puede hacer que esto de la vuelta.

Me puse roja como la grana. Ya había supuesto que Charles intuía lo nuestro, pero ahora no me quedaba ni una duda. En cualquier caso, me apuré en quitarle la idea de la cabeza, como había hecho anteriormente con Andrew.

—Sí, yo estaba enamorada de Patrick y vine aquí a intentar recuperarlo, pero no hay nada que hacer, Charles. Él no quiere saber nada de mí y me voy mañana.

Me miró fijamente y respondió:

—Siempre hay algo que hacer, recuerda el caso de Lizzie y mio. Siempre. Y a mí me gustaría que Patrick acabara contigo. Lo conozco desde que nació y lo quiero como si fuera mi hijo, y jamás lo he visto tan bien como cuando está contigo.

Le miré sorprendida:

—Pero si apenas hemos estado juntos. ¿Cómo te has podido dar cuenta?

—Con lo que he visto ha sido suficiente. Además, la primera prueba la tuve antes de conocerte incluso. Lo vi totalmente cambiado a la vuelta de España. Tenía una luz especial, la misma que irradia yo cuando estoy junto a Lizzie, sé distinguirla perfectamente. También estaba un poco triston, pero yo supe que había encontrado al amor de su vida en España en cuanto le vi. Luego no necesité sonsacarle nada, él mismo me lo contó, aunque no se dio cuenta. No me dijo que estaba enamorado de ti, pero me habló de ti, todos los días, y siempre que lo hacía ese halo de luz le rodeaba. Luego viniste, hace dos días, y me bastó veros bajar del coche y acercaros al castillo juntos para confirmarlo.

—No estábamos solos, estaba Amanda también.

—Eso hizo que quedara más evidente aún el vínculo que hay entre vosotros dos.

En vez de animarme, me estaba deprimiendo más. Yo ya tenía claro hace tiempo que Patrick era el hombre de mi vida, darme cuenta de que era algo evidente para otras personas hacía aún más incomprensible la actitud de él. No quería seguir por ese camino. Charles era un hombre encantador, pero yo ya había tirado la toalla, totalmente, y lo único que quería era marcharme de allí.

Pero no se lo iba a decir, no tenía sentido, así que lo que se me ocurrió fue cambiar de tema, para despistarlo. Y qué mejor que volver a él.

—Charles, me vas a disculpar que sea tan indiscreta, pero tengo una curiosidad.

—Dime tranquila, bastante indiscreto he sido yo contigo —me contestó, siempre tan amable y sonriendo.

—Me has contado que vas a Benidorm todos los años, ¿lo haces con la condesa?

Sonrió aún más ampliamente y me contestó.

—Claro.

—No puedo imaginarme a la condesa paseando por Benidorm.

—Sí, ya sé que es difícil de entender, pero ella es feliz allí. Escogimos Benidorm, y un hotel encantador pero sin lujos, porque pensamos que iba a ser el último lugar en el mundo en el que ella podría encontrarse con alguien conocido: la gente de su clase no aparecería por Benidorm ni en sueños.

—Sí, eso es lo que estoy pensando.

—Y, como te puedes imaginar, acertamos. Llevamos quince años yendo todos los años y jamás nos hemos encontrado con nadie. Allí somos el señor y la señora Robinson, que es mi apellido. Tenemos incluso una cuadrilla de amigos españoles.

—¿Pero ella entiende el español?

—Sí, claro, no tan bien como yo, pero sí.

—¡Madre mía, no me lo puedo creer!

Aquella mujer era toda una sorpresa, pero, aún así, me costaba imaginarla en Benidorm, y más aún me costaba perdonarle cómo se había portado conmigo. Como si me hubiera escuchado, Charles comentó:

—Se que te puede costar imaginarla así, y también que tienes todo el derecho del mundo a estar enfadada con ella, yo la quiero con locura, pero contigo no se ha portado bien. Que sepas que se lo he dicho y que delante mío, al menos, se controla.

—Sí, me di cuenta en la cena. Por desgracia, en vuestra vida “oficial” estáis poco juntos.

—Entiendo también, Katia, que quisieras vengarte de ella. Si quieres que te diga la verdad, no le vendría mal, aunque preferiría que no lo hicieras.

Ya había salido el tema. Estaba claro que a Charles le daba igual que los hubiera pillado, pero a su amante, novia o lo que fuera, no, claro. Y él estaba intentando protegerla con aquel comentario. Estaba intentando convencerme de que no dijera nada. Lo cierto es que no terminaba de entender que en pleno S XXI dos personas libres y sin ataduras tuvieran que andar escondiéndose de esa manera, pero, al fin y al cabo, ¿quién era yo para juzgar a otros?, mis relaciones habían sido casi siempre escondidas y un desastre, así que, de alguna manera, entendía cómo se sentían.

Finalmente, decidí tranquilizar a Charles.

—No voy a decir nada Charles, ya puedes estar tranquilo. Y ella también. Aunque me gustaría

pedirte un favor: que no le digas que has hablado conmigo y te he dicho esto hasta que me vaya mañana. Será mi pequeña venganza: que esté nerviosa.

Me miró fijamente, con simpatía, y me dijo:

—Katia, estaba seguro de que ibas a reaccionar así. Y no me parece mala idea lo que dices, Lizzie no se ha portado bien contigo y de alguna manera lo tiene que pagar. Así que no, no le voy a decir nada, hasta que te vayas. Aunque espero que no lo hagas.

## Capítulo 18

Después de aquella conversación tan agradable y sorprendente, decidimos que era la hora de volver a palacio: él a sus quehaceres y yo a hacer mi maleta y prepararme para pasar las últimas horas en palacio de la manera más tranquila posible.

La primera parte salió perfecta, a la entrada del palacio, Charles se dirigió hacia la zona de los criados y yo hacia mi habitación, pero cuando él ya había desaparecido y yo enfilaba hacia las escaleras de subida, la voz de Andrew me llamó desde una puerta abierta que daba al exterior.

—Katia, ven aquí a tomar algo.

El hombre había hecho lo posible el día anterior para protegerme así que, aunque no me apetecía nada, me asomé.

Tras la puerta me encontré una pequeña terraza encantadora, llena de flores y con una pérgola bajo la que había una mesita redonda con cuatro sillas. Por suerte, el único que estaba sentado allí era él.

—Hola Andrew, ¿estás desayunando? —le dije, intentando dirigir la conversación hacia temas banales.

—¿Cómo estás?, ¿has conseguido dormir? —me contestó él, sin dejarme hacerlo.

Suspiré.

—Bueno —empecé a contestar, resignada a volver a hablar de lo ocurrido en la cena de la noche anterior, pero entonces una voz inconfundible dijo:

—Hola.

Ahí estaba, entrando por la puerta, el amor de mi vida. El hombre al que hacía unos minutos había dejado plantado en medio de la danza del amor.

Estaba serio, muy serio, y su saludo había sonado apagado. Andrew captó enseguida la situación y se levantó y dijo:

—Ya me contarás, Katia, tengo que irme. Os dejo solos, primos. —Y me guiñó un ojo y le dio una palmada afectuosa a Patrick cuando se cruzó con él al salir.

Y, de nuevo, a pesar de los esfuerzos que había hecho para que no volviera a ocurrir, ahí estábamos los dos, juntos otra vez y solos.

—Katia... —empezó él, con el mismo tono de funeral con el que había entrado—, no sé muy bien qué decirte. Está siendo muy duro tenerte aquí.

—También lo está siendo para mí —le contesté la verdad—, pero solo nos queda el día de hoy. Tenía pensado esconderme en mi habitación, para no verte y para no ver a tu madre, pero está resultando imposible. Igual podemos llegar a un acuerdo para pasar este día de la manera menos dura posible.

—Por supuesto, no quiero otra cosa que despedirme de ti bien, Katia. Siento todo lo que ha pasado, siento lo que te ha hecho mi madre y siento lo que te estoy haciendo yo.

—Y yo siento que te dejes llevar por la tradición y no por el amor, pero ya he tirado la toalla. No pasa nada, lo superaré. He superado rupturas peores.

Reconozco que tiré con bala. Es posible que hubiera superado rupturas peores respecto a mi estado de ánimo, la de Roberto, por ejemplo, pero la ruptura con él era mucho peor respecto a lo que significaba. Nunca, jamás, me había sentido con nadie como con él y nunca, jamás, iba a encontrar a nadie como él. De eso estaba segura, no tenía ni una duda. Pero le había soltado

aquello para hacerme la digna. Ya que no iba a tenerlo nunca, ya que era tan cobarde que no era capaz de romper sus prejuicios y los corsés de su clase y de su madre, que no se quedara con la idea de que me había afectado mucho.

Funcionó, porque, aunque controlaba muy bien sus emociones de cara al exterior, no pudo evitar que una expresión de crispación y disgusto le asomara a la cara. Y Me tiró a mí otra con bala de respuesta:

—En mi caso no va a ser así, Katia, no he superado rupturas peores. Ni siquiera estoy seguro de que sea capaz de superar la tuya.

—¡No me toques las narices, Patrick! —me salió del alma, con toda la fuerza de la rabia acumulada—. No hay ningún impedimento real. Podemos estar juntos. YA. Pero no quieres. Y los obstáculos solo los pones tú. Así que no me cuentes historias de amores imposibles, rupturas inolvidables y tonterías de esas. Vivimos en el S XXI, por muy conde que seas y muchas obligaciones que tenga tu título, eres ingeniero y vives de eso. Podrías, incluso, renunciar a tu título, otros lo han hecho antes que tú en tu país, uno hace bien poco, otro siendo rey. Y podrías vivir con lo que ganas perfectamente bien. Pero es que creo que ni siquiera tendrías que renunciar a tu título, solo tener una bronca con tu madre. Y no te da la gana. Así que no me vendas un drama cuando lo que hay es una elección: has elegido a Amanda y todo lo que supone antes que a mí. Así que no te lamentes y te hagas la víctima. Toda elección supone una pérdida, pero está claro que cuando se elige se escoge la pérdida más asumible: así que eso soy yo para ti: una pérdida asumible. Y ahora, si me disculpas —añadí después de un momento de silencio en el que él me miraba con la boca abierta sin ser capaz de decir nada más—, me voy a mi habitación. Me cambiaré de ropa y mantendré las formas lo que queda del día contigo y con la maleducada de tu madre, no te preocupes. Hasta luego.

Y, por segunda vez en el día, me marché dejándolo atrás.

## Capítulo 19

Me había quedado a gusto, le había dicho la verdad y por eso él no me había respondido nada. Yo, que era una romántica empedernida, tenía tendencia a vivir todo como si fuera un dramón de película de sobremesa, y así había ocurrido con mis anteriores relaciones, sobre todo el final con Roberto y la partida de Patrick de E., pero en Inglaterra me estaba ocurriendo de manera diferente. Había sido una tonta gestionado en E. el tema con Patrick, pero ya había expiado mi culpa y habíamos aclarado todo. Ya no estaba dispuesta a vivir más dramones, quería claridad y verdad en mis relaciones, y lo que le había dicho aportaba las dos cosas.

Y él lo sabía.

Llegué a la habitación firme y segura, como siempre que un brote de cólera se apoderaba de mi. Es lo bueno que tiene el enfado, que da energía, aunque sea negativa, en vez de quitarla. Sabía, porque me ocurría siempre, que después llegaría el bajón y la tristeza, pero confiaba en que ocurriera ya a la vuelta de Inglaterra. Esperaba que aquel subidón me sirviera para pasar el último día en el castillo con dignidad. Y luego ya lidiaría con la pérdida.

En E. , además , me esperaba un trabajo que cada vez me gustaba más y un grupo de amigas heterogéneo, pero que me hacían mucho bien.

Pasé el resto de la mañana salseando en internet las nuevas series que se habían estrenado. Había decidido emprender un nuevo camino en ese tema también. Lo había pensado en E. y ahora que iba a volver, retomó la idea. Me gustaba mi trabajo en el alojamiento rural, pero también me había gustado el anterior como crítica de series y un día se me había ocurrido que podía compatibilizar los dos. había pensado abrir un canal de youtube y seguir con mis críticas, esta vez en forma de video en vez de por escrito. No me iban a pagar y seguramente apenas tendría seguidores, pero seguiría haciendo algo que me gustaba mucho y que me conectaba con mi vocación de periodista.

Investigando cómo abrir el canal y curioseando los canales de otros críticos, me dieron casi la una del mediodía, la hora de la comida. Ese rato, junto con el de la cena, iba a ser el trago más difícil del día, ya que nos íbamos a juntar Patrick, su madre y yo.

Me vestí con el único conjunto que no me habían visto, otro pantalón y una sudadera, que estaban alejados del nivel de la condesa y su castillo, pero ya me daba igual, y bajé al comedor.

Nada más llegar me encontré con Andrew, lo cual me alegró el momento, ya que pensé que él iba a servir de mediador entre el resto de comensales. Efectivamente , no me equivoqué. Inmediatamente aparecieron Patrick y su madre, cada uno por un pasillo diferente, pero al mismo tiempo, como si estuvieran acompasados. Enseguida me di cuenta de por qué, porque en ese momento empezó a sonar el reloj de pared que había en la estancia: hacían honor a la puntualidad británica que para ellos debía ser una seña de identidad.

Nos sentamos a la mesa. Ese día, al ser solo cuatro, era imposible no sentirme incómoda, ya que sí o sí, los iba a tener cerca. Efectivamente, me tocó a Andrew al lado y Patrick enfrente. Y, aunque la condesa estaba más alejada, enfrente en diagonal, si extendía la mano, habría podido tocarla.

A lo largo de la comida agradecí decenas de veces que Andrew estuviera allí, ya que fue él quien dirigió la conversación. Con mi nueva actitud un poco guerrera yo estaba tranquila y podría, incluso, haber sacado alguna conversación por mi cuenta, pero hablaban en inglés. Porque nadie

en esa mesa, aparte de mi, pensé irónicamente, sabía que la condesa también hablaba castellano al igual que su hijo y sobrino. Y claro, con las conversaciones en inglés yo me perdía.

Aunque esta vez entendí la mayor parte de ellas. Llevaba solo dos días allí, pero mi oído había empezado a acostumbrarse. Además, tanto Andrew como Patrick hablaban especialmente despacio, sin duda como deferencia a mi. Pensé también que los días anteriores, más que mi ignorancia del idioma, lo que me había impedido entender había sido la situación de nervios y tensión en la que estaba.

El caso es que no se dijeron grandes cosas. Hablaron del trabajo que Patrick tenía entre manos últimamente, del de Andrew, de amigos comunes e, incluso, hicieron alguna broma que entendí.

No mencionaron en ningún momento ni la cena del día anterior ni la boda que iba a celebrarse en un mes. Ni, por supuesto, a la novia de esa boda: Amanda, que no estaba en ese momento en palacio precisamente porque estaba con los preparativos.

Todo muy educado y falso, vamos.

Pero yo estuve tranquila y en mi sitio.

Hubo algo, además, que me divirtió bastante. Algo con lo que ya había contado.

La condesa.

Ella apenas abrió la boca, solo contestó a preguntas directas. Aquello era anormal, pero más anormal era aún su actitud. Estaba como encogida y tenía la mirada algo perdida. Mantenía la compostura, claro, llevaba haciéndolo desde la cuna, pero estaba claro que estaba temerosa de algo.

Y yo sabía de qué, claro.

Me entretuve un rato observando la situación, divertida, mi venganza se había consumado. Estoy segura de que estaba temblando por que en cualquier momento yo contara en la mesa lo que había visto de madrugada. Aunque lo intentaba evitar, me echaba, además, miradas huidizas de vez en cuando.

Y yo seguía allí como si nada.

Era un duelo entre las dos, un duelo que yo había ganado definitivamente. Me iría al día siguiente y ella se tranquilizaría al ver que la noticia de lo ocurrido no llegaba a ningún sitio, y le tranquilizaría sobre todo su amor, Charles, pero yo ya me sentía satisfecha. Solo me apenaba no ver su cara cuando se enterara de que yo tenía más clase que ella: cuando se enterara de que le había “perdonado la vida”.

De todas formas, el tema no quedó solo entre nosotras dos. Andrew, tan concentrado en su charla para que el ambiente no decayera, no parecía darse cuenta de nada, pero Patrick se dio cuenta. Conocía perfectamente a su madre y a mí, y sabía lo que había pasado el día anterior y cómo me había tratado su madre desde el primer momento, estaba, por tanto, alucinado con la actitud acobardada de su madre. Y pilló un par de veces las miradas de ella hacia mi y mi expresión satisfecha.

Al final de la comida, era él quien me miraba fugazmente intentando desentrañar el misterio.

“La tienes clara”, pensé yo sin dejar traslucir nada, aquello iba a ser también una venganza de mi hacia él. Que se quedara con la incógnita. Y que supiera que una simple plebeya había derrotado a su madre, aunque no supiera por qué.

Y de aquella manera acabamos la comida, despidiéndonos de nuevo hasta la cena, mi última prueba en Inglaterra.

## Capítulo 20

En la cena se repitió la situación, pero con dos ligeras variaciones. Andrew siguió igual de dicharachero, pero me convencí de que también se había dado cuenta de algo. Era imposible que supiera qué ocurría, pero su actitud relajada y distendida y su empeño en ser el animador de la cena me dejaron claro que lo estaba haciendo para evitarnos a todos pasar un mal trago. Agradecí en el alma que aquel hombre tan educado, amable y divertido estuviera entre nosotros, porque si no, mi despedida del castillo habría sido un infierno.

La otra actitud que varió un poco fue la de Patrick. Seguramente le había estado dando vueltas a la cabeza a lo ocurrido en la comida, y en la cena sus miradas alternativas a su madre y a mi ya se volvieron descaradas. Su madre seguramente no se dio cuenta de nada, ya que estaba metida en su propia angustia y echándome miradas furtivas como al mediodía, pero para mí fue evidente. En algún momento, incluso, se me quedó mirando fijamente con una expresión interrogante.

Ya podía esperar sentado, porque no pensaba contarle nada. En cualquier caso, ver su desconcierto me consoló de todo lo que había vivido en Inglaterra.

No odiaba a Patrick ni lo iba a hacer nunca, de hecho, seguía totalmente enamorada de él, pero sí tenía necesidad de vengarme de alguna manera de su cobardía y falta de agallas. De su aceptación de las normas maternas por encima de sus necesidades y sentimientos. Eso me iba a costar mucho tiempo perdonárselo .

Al final la cena terminó y con ella llegó también el momento de mi despedida. Saldría a la mañana temprano y, en principio, no iba a volver a ver a ninguno de ellos.

La condesa no debía saber nada de mi próxima partida porque cuando me escuchó empezar a despedirme de Patrick y Andrew, en castellano, por supuesto, levantó la mirada del plato y un brillo de esperanza asomó a sus ojos. Me había entendido perfectamente la bruja de ella, aunque ese era otro de sus secretos que solo sabía yo en esa mesa.

Cuando Andrew le tradujo lo que yo había dicho, me puso una sonrisa por primera vez desde que me había conocido y me deseó un buen viaje.

La verdad es que había disfrutado en la comida y la cena mortificándola un rato con la duda de si iba a hablar o no, y con eso tenía que haber sido suficiente para mí, pero no lo fue. Daba por hecho que Charles le contaría todo al día siguiente y se tranquilizaría para siempre, pero no pude evitar darle una mala noche por última vez, y en mi macarrónico inglés, le dije:

—Gracias, condesa, aunque me voy deseosa de contar los secretos de este maravilloso lugar allá por donde vaya.

La frase era un poco rara, pero Andrew y Patrick no se inmutaron, seguramente pensaron que era producto de mi deficiente inglés y no le dieron mayor importancia, pero ella se puso lívida y, de hecho, al minuto, acabó despidiéndose porque se encontraba un poco indisputa.

Riendo por dentro, me despedí internamente de ella deseando no volver a verla nunca más: eso era lo único bueno que tenía mi fracaso con Patrick.

Y finalmente me despedí yo también alegando que al día siguiente tendría que madrugar. Andrew me hizo prometerle que le pondría en contacto con mi amiga de Madrid, algo que le

prometí encantada porque cada vez tenía más claro que eran almas gemelas y podrían congeniar, y Patrick me despidió con una mirada lánguida y un abrazo intenso pero corto:

—Hasta siempre, princesa —me dijo el bobo de él, que no había manera que se bajara del burro del dramón de sobremesa.

Yo ni le contesté, para empezar, porque aquella no era nuestra despedida.

## Capítulo 21

Sí, iba a hacer una de las mías. Iba a irme por todo lo alto. Lo había decidido después de comer. Estaba enfadadísima con Patrick y le culpaba por su cobardía, pero seguía siendo el amor de mi vida y seguía sintiéndome junto a él como no me sentía junto a nadie. Aún así se había acabado, sí, lo tenía asumido, pero, ¿iba a desperdiciar mi último día de vida junto a él?.

No, claro que no.

Por eso decidí despedirme como nos habíamos despedido en E: con una noche de amor y pasión.

Sí, vale, al final me tenía que reconocer a mi misma que Patrick había tenido algo de razón al juzgarme como voluble. Después de la bronca que le había montado por la mañana y después de la comida y cena en la que había disfrutado desconcertándole, iba a hacerle el amor con todo mi cuerpo y toda mi alma hasta acabar rendidos los dos.

Llevaba toda la tarde planeándolo : cómo me iba a acercar a su habitación, qué le iba a decir y, sobre todo, qué le iba a hacer. La tarde se me había hecho eterna, a la espera de ese momento, pero, finalmente, había llegado.

Me metí en mi habitación tal y como les había dicho y esperé hasta que les oí despedirse en el pasillo.

Cuando oí las puertas de sus respectivas habitaciones cerrarse, esperé diez minutos. Y salí.

En ningún momento se me había ocurrido que Patrick pudiera rechazarme. Tenía novia e iba a casarse con ella en un mes, lo lógico es que lo hubiera hecho, pero tenía absoluta confianza en mí y en lo que sentíamos uno por el otro.

Y no me equivoqué.

Abrió la puerta enseguida, como si hubiera estado esperándome. Y, por la forma en que me recibió, juraría que lo estaba haciendo. Al final, Patrick me conocía bien y teníamos, además, un antecedente con nuestra anterior despedida “para siempre”.

Dio dos pasos, me agarró por la cintura, me introdujo en su habitación, con delicadeza y firmeza al mismo tiempo, y una vez cerró la puerta, me besó como si fuera el último beso que un humano diera a otro humano en nuestro planeta.

No dijimos nada, no hacía falta. No había cambiado nada, él se iba a casar con Amanda en un mes y yo me iba a ir al día siguiente, pensando que era un cobarde. Pero ahora era la noche anterior y estábamos solos los dos y nos amábamos a pesar de todo.

Así que dejamos que nuestros cuerpos hablaran por nosotros.

Era la segunda vez que nos amábamos, pero respondimos como si lleváramos miles de años haciéndolo. Nuestro cuerpos se acoplaron como si fueran uno solo, nuestras energías fluyeron de uno al otro, llenándonos de placer y felicidad.

Nos quitamos la ropa despacio, muy despacio, disfrutando del proceso. Las manos de Patrick sobre mi piel a medida que iba descubriéndola y quitando capas de ropa me producían un disfrute como no había sentido nunca. Era una sensación parecida a la que se siente cuando bebes agua fresca un día de verano muy caluroso después de varias horas pasando sed. O la sensación de sentarse frente a una chimenea un día de invierno recién llegada de atravesar una tormenta. Era estar en casa y en el cielo al mismo tiempo.

Y poco a poco, a medida que nos íbamos compenetrando físicamente, a los suspiros y gemidos del principio se les fueron añadiendo palabras: todas de amor y cariño. Le dejé llamarme princesa todas las veces que quiso, hasta desgastar la palabra. Le dejé decirme lo bonita que era, lo que le gustaba mi cuerpo y mi piel, y mi voz. Y yo a mi vez esnifé su olor masculino hasta emborracharme de él, me reí y gemí, le llamé “mi amor” sin censuras y sin miedos.

Hicimos, una vez más, una pausa en nuestros desencuentros y en nuestra despedida y fue, junto con la primera vez, el momento más feliz de mi vida.

El sexo con Patrick era maravilloso, el mejor que había tenido en mi vida, pero esta vez descubrí otro aspecto de nuestra intimidad casi más satisfactorio. No suponía una explosión de placer, como los sucesivos orgasmos que fui sintiendo, pero se trataba de un placer más tranquilo, pero más duradero e intenso: era dormir entre sus brazos.

La primera vez en E. no lo había podido disfrutar, porque no habíamos dormido nada y cuando finalmente había caído rendida, él se había ido, tal y como habíamos acordado. Pero esta vez dormimos, y lo hicimos conscientemente: los dos queríamos sentir la respiración acompasada del otro y el calor de su cuerpo entero abrazándonos antes de caer en la niebla del sueño, y los dos queríamos despertarnos entre los brazos del otro. Así que tras cada sesión de orgasmos, nos acurrucamos en el otro y nos dejamos vencer por el sueño.

Dormimos así, a lo sumo, una hora, hasta volver a despertar. Al principio remolones, disfrutando de la calidez de estar envueltos en la piel del otro, enseguida excitados de nuevo, con nuestros cuerpos pidiendo otra dosis de placer.

Y así repetimos el ritual tres veces, porque tres fueron las horas que dormí esa noche.

Me desperté por tercera vez a las cinco de la madrugada, había pedido un taxi para las seis y media, pero decidí marcharme entonces. Patrick dormía plácido, rodeándome con sus brazos y con su cuerpo pegado al mío, así que tuve que ir despegándome de él muy poco a poco. No quería despertarle, no quería despedirme, quería hacer como en E. solo que esta vez sería yo la que saldría de la habitación.

Y me salió bien —o él disimuló como si siguiera dormido— y pude salir de la habitación sin mirar atrás, despidiéndome de Patrick, esta vez sin ninguna duda, para siempre.

## Capítulo 22

Veinticuatro horas después me despertaba sobre mi cama en E. después de haber dormido como un tronco más de doce horas.

Había llegado el día anterior, por la noche, totalmente agotada. Era una mezcla de todo: que apenas había dormido tres horas y, también, que me había dado el bajón.

No hay como la distancia para empezar a ver las cosas un poco más claras. Por eso precisamente había huído a E. tras la ruptura con mi amante Roberto —y había funcionado. Ahora también estaba ocurriendo. Había pasado todo el viaje, en taxi, avión, autobús y taxi de nuevo, recapitulando lo ocurrido. No me regodeé mucho en los desplantes de la que podría haber sido mi suegra ni en el gran desplante de Patrick, solo me dediqué a repetirme machaconamente que todo había terminado. Tenía que asumirlo. La vez anterior me había parecido que lo había llevado muy bien, pero ahora me daba cuenta de que en realidad no lo había aceptado, que en mi fuero interno había tenido siempre la esperanza de que Patrick y yo íbamos a acabar juntos.

Ahora ya tenía claro que no, que el viaje había servido para que perdiera toda esperanza. Además de para que su madre me insultara y despreciara.

Intentando recuperar algo bueno de lo ocurrido, recordaba la última noche. Había sido una isla de amor y felicidad que, al menos, guardaría en mi memoria y mi corazón para siempre, al igual que la primera.

Antes de caer dormida, agotada por el viaje y la intensidad emocional, había pensado con una sonrisa que al menos había conocido dos noches de amor perfectas, algo que no todo el mundo podía decir en su vida.

Y el día siguiente amaneció soleado y brillante y con un aire fresco y fino que me dio la energía necesaria para moverse.

Lo primero que hice fue decidir que apartaría a Patrick de mi mente cada vez que apareciera, algo que, al principio, sucedería continuamente, pero confiaba que en un par de meses comenzaría a mejorar. Luego decidí ponerme a trabajar, tanto en el alojamiento como en mi nuevo canal de youtube: tener la mente ocupada en otras cosas ayudaría a conseguir mi propósito. Y tercero y no menos importante, iba a quedar con mis amigas, contarles todo y desahogarme. Seguro que al final ellas conseguirían sacarme unas risas y empezar a desdramatizar.

Pasé la mañana enfrascada en el punto uno y dos de mi decisión. Lo cierto es que los pocos días que había estado fuera, había recibido un montón de reservas, algunas de ellas con preguntas añadidas, así que estuve toda la mañana contestando correos y organizando las siguientes semanas, contactando proveedores y decidiendo en qué habitación iría cada huésped.

Patrick se me presentaba en la mente cada poco, pero tenía tanto trabajo que fue fácil deshacerme de esos pensamientos (me costaban un poco más los recuerdos de nuestra noche juntos, sobre todo los despertares enlazados como si fuéramos uno y el recuerdo de su cuerpo cálido y su olor).

Finalmente hice una comida frugal y a la hora del café decidí ir a la taberna a encontrarme con mis amigas.

Les había mandado el día anterior un escueto mensaje de teléfono que decía: “Vuelvo mañana y os cuento todo”. Las tres me habían respondido discretas sin bombardear a preguntas, aunque yo sabía que estarían expectantes y muertas de curiosidad por lo que hubiera pasado. Ahora, en el

café, les iba a contar todo. La perspectiva de hacerlo me consoló, ya que estaba convencida de que se iban a poner de mi parte.

Como así fue.

Lo primero que hicieron las tres nada más verme fue darme un abrazo y dos sonoros besos casa una, me estaban esperando con un café con leche calentito y una porción de tarta de zanahoria, le especialidad de la taberna donde estábamos. Fue el único momento de flaqueza que tuve, al notar el contraste entre el desprecio final de Patrick y el cariño que ellas me tenían.

Pero después de los abrazos vinieron las preguntas, que más fueron un interrogatorio.

Y les conté todo, con pelos y señales (menos la relación entre Charles y la Condesa, claro).

Y ellas se indignaron, tal y como yo había supuesto.

—Este Patrick es bobo —le salió del alma a Leticia, ya que era la más impulsiva de las tres y la que menos pelos tenía en la lengua. Aunque Lili y Marta, más sutiles, pero también estaban indignadas.

Intentó cada una de ellas dar una explicación a lo que había hecho Patrick. Marta apostaba por su lentitud para los cambios, Lili por su sometimiento a su madre y Leticia insistía en lo de que era “tonto”; más un desahogo que un pensamiento real, ya que no me quedaba ni una duda de que apreciaba a Patrick.

Lo cierto es que su reacción en bloque defendiéndome a mi, me ayudó mucho. Era reconfortante saber que tenías unas amigas que no te iba a fallar: desde luego era lo mejor que me había dado mi mudanza a E.

Alargamos el café un buen rato, pero al final nos tuvimos que despedir cada una a sus quehaceres, quedando para el día siguiente.

Y la situación se repitió más o menos igual todos los días a lo largo de una semana. Volvíamos una y otra vez a lo mal que había escogido Patrick, lo poco adecuado que era para él Amanda, y lo maravillosa y perfecta que era yo. Pero al cabo de esa semana, el tema se fue desinflando y fuimos dejando de hablar de él. La vida continuaba y no podíamos estar atascadas en un fracaso amoroso una y otra vez. Sobre todo yo.

Lo conseguí de cara a la galería, apenas sacaba yo el tema, y ellas entonces lo cortaron totalmente de la conversación. Las siguientes dos semanas creí llevarlo muy bien y que había empezado a superarlo.

Pero la cuarta semana después de llegar, tuve un bajón monumental.

No sabía exactamente la fecha, pero por aquella época más o menos tenía que estar casándose Patrick.

Con Amanda.

La idea se me presentó un sábado recién desp ierta, y fue tan intensa que di por hecho que aquel era el día. Y nada más sentirlo así, me tumbé sobre la cama y me costó dos horas volver a levantarme.

Anduve como un alma en pena toda la mañana deseando que llegara la hora del café. Ese día necesitaba hablar de él y de lo mal que lo estaba pasando. Necesitaba de nuevo a mis amigas guerreras e incondicionales poniéndole verde a él y por las nubes a mi.

Con esa esperanza me acerqué a la taberna, arrastrando un poco los pies, pero cuando llegué la decepción fue enorme.

Les conté lo que me pasaba y lo que temía, pero en vez de su habitual explosión de solidaridad me encontré con una respuesta tibia, muy tibia, del tipo: “vaya, Katia, lo siento” y una frase, que

soltó Leticia, que me dejó aún más hundida de lo que había llegado: “tienes que ir superándolo , Katia”.

Se habían aburrido de mis lloriqueos por Patrick, estaba claro.

Me quedé bastante tocada, la verdad, un par de semanas más, ya que la actitud de ellas no cambió un ápice. Si yo no sacaba el tema, y cada vez lo hacía menos, ellas ni lo nombraban. Y cuando lo sacaba, hacían lo posible por cambiar de tema en menos de un minuto.

Estaba claro: estaba sola en mi desengaño amoroso. Ellas me habían apoyado, pero la vida continuaba y no tenían ganas de tener a su lado una amiga llorosa todo el día.

En vez de enfadarme con ellas, hice un esfuerzo por comprenderlas y creo que lo conseguí. Si no eres tú quien lo sufre, es muy difícil ponerse en la piel de otra persona, y si esa persona está siempre dándote a mataraca con lo mismo, acaba aburriéndote .

Así que sobrellevé mi melancolía lo mejor que pude yo sola, y dos semanas después de que apareciera, o sea, dos semanas después de la supuesta boda de Patrick, me dio la sensación de que empezaba a superarla.

Empecé a pensar que igual mi destino era permanecer soltera, sin pareja, el resto de mi vida. Y, aunque me daba pena, también le veía las ventajas: ya no más dramas, disgustos y decepciones. Ya no más abandonos.

Además, hubo un acontecimiento nuevo que ayudó a que mi tristeza se apaciguara, por la cantidad de trabajo que me produjo.

## Capítulo 23

Llegó en forma de una pareja encantadora: Lusiana y Javier. Ella era mejicana, como Lili. Las dos mujeres se habían conocido en España, por casualidad, un día que Lili había entrado en la tienda en la que trabajaba Lusiana. Los acentos idénticos las pusieron en contacto inmediatamente, intercambiaron sus números y comenzaron una amistad que ya duraba tres años. Javier era el novio español de Lusiana. Era un chico muy callado, pero que miraba a su chica con una devoción y un amor que me mataban de envidia. Pero de la buena, porque era una maravilla verlos.

Se presentaron un día en el alojamiento de la mano de Lili. Ella, después de presentármelos, me explicó el motivo de la visita:

—Lusiana y Javier se van a casar en un mes, exactamente el 14 de febrero.

—Ay, ¡¡¡qué romántico!!! —me salió del alma.

—Sí, es el día favorito de mi futuro esposo —contesto Lusiana, mirando con el mismo arrobó a Javier. Y dejándome a mi alucinada al darme cuenta de que existían hombres así.

—El caso es que queríamos organizar una boda muy íntima —añadió entonces él—, y se nos ha ocurrido hacerla aquí.

—¿En E.? —Les dije yo, sin terminar de entender por qué me contaban todo eso.

—No, no, aquí, en este palacio.

—Ahhhh —dije tan solo, abriendo los ojos como platos por la sorpresa—. La verdad es que no hemos organizado nunca una boda, pero me animo, por supuesto, me parece una idea maravillosa. Contadme qué idea tenéis y vamos viendo lo que se puede hacer y lo que no.

La hora siguiente la dedicamos a aclarar los puntos fundamentales de lo que necesitaban.

Querían una ceremonia civil que iba a officiar algún concejal del ayuntamiento. Pensamos que el mejor lugar para hacerlo era el jardín trasero. Había varias camelias que estarían en plena floración, y ,además, encargáramos más flores de invierno, como primulas, ciclámenes y pensamientos.

El murmullo del riachuelo acompañaría al cuarteto musical que íbamos a contratar, que tocaría obras de Vivaldi y Mozart, pero también algunas obras modernas de las que hicimos una lista.

Pondríamos en el centro del jardín un templete que adornaríamos con flores y crearíamos un camino de las mismas flores para que los novios accedieran a él, mientras a los lados los invitados, que no iban a ser más de cincuenta, estarían sentados en sillas forradas de tela.

Una vez dibujadas las ideas principales me puse manos a la obra. Como suele pasar en estos casos, el novio “desapareció” de la organización de los detalles aludiendo que se fiaba enteramente de Lusiana y que, escogiera lo que escogiera, él sería feliz.

Pero Lusiana resultó también bastante indecisa. O conformista. Así como habían tenido muy claras las líneas generales, cuando pasamos a los detalles en las siguientes reuniones que fuimos teniendo, ella no parecía tener muy claro qué tipo de flores quería, qué colores, qué telas para las sillas.

La verdad es que esto, a pesar de resultar un poco extraño, me facilitó mucho mi labor, ya que Lusiana prácticamente me dejaba abiertas todas las opciones con la pregunta “¿a tí qué te parece?”, y era yo la que acababa escogiendo. Por suerte, venía siempre acompañada de Lili, que hacía muchas veces de árbitro final cuando yo también tenía alguna duda.

Así que a lo largo de cuatro semanas fuimos cerrando todos los detalles hasta acabar teniendo una boda maravillosa que habría firmado como mía si hubiera podido.

Dejamos para el final la guinda de toda boda, la parte más deseada: el vestido.

Aquí Lili nos fue también de mucha ayuda, ya que conocía un atelier en S., la ciudad cercana más grande.

Un sábado por la mañana nos acercamos las tres al atelier. Lo regentaba una chica joven pero extremadamente profesional. Y talentosa. Nos enseñó un book con diferentes modelos de ensueño, y luego tipos de tela, a cual más delicada y maravillosa.

Con el vestido ocurrió como con el resto de aspectos de la boda: Lusiana no tenía claro si quería palabra de honor o manga larga, corte princesa o corte sirena. Al final le hicimos probarse un poco de todo, hasta acabar con tres vestidos finales de los cuales teníamos que descartar dos. Eran cada cual más diferente al otro y entre los tres eran una muestra de todo lo que existía en el mundo de los vestidos de novia.

Y, una vez más, fui yo el árbitro final para la dudosa Lusiana.

—Katia, tienes la misma figura que yo, somos de la misma estatura y peso, ¿por qué no te los pruebas para que los vea yo desde fuera y pueda tomar una decisión? —me dijo Lusiana, dejándome totalmente sorprendida. Y también emocionada porque, por qué no decirlo, siempre había soñado con ponerme un vestido de novia y, aunque aquella no fuera la situación ideal, cumplía mi sueño de alguna manera.

Y me los puse, claro, uno detrás de otro. A cual más bonito y maravilloso. Me vi preciosa con los tres, al igual que había estado Lusiana, pero al final había que escoger uno.

Y lo hicimos, entre las tres.

Era un vestido con cuello barco, en seda y tul. Con la parte de la falda de estilo sirena, pero con una sobrefalda de tul delicadísimo que le daba volumen y que cuando llegara el momento del baile, Lusiana se quitaría.

Al final decidimos que no llevara velo, ya que así el vestido destacaría más.

Salimos finalmente del atelier emocionadas las tres. Por haber escogido un vestido tan maravilloso y yo, internamente, por haber vestido de novia al menos una vez en mi vida.

## Capítulo 24

Pasaron dos semanas más y llegó el fin de semana de la boda.

Y ocurrió el desastre.

Todo había salido de maravilla hasta entonces, todos los detalles en su sitio y, encima, habían dado buen tiempo para todo el fin de semana, ¿se podía pedir algo más?. Pues sí, que no ocurriera lo que ocurrió.

Fue el día del ensayo general, que habíamos dejado para la víspera: el día 13.

Con todo dispuesto en el jardín, a la hora acordada, en vez de Lusiana y Javier, apareció solo Lili:

—Tenemos un contratiempo, Katia —me dijo nada más entrar en el jardín donde estaba yo—, Lusiana y Javier fueron ayer a cenar y han sufrido una intoxicación: están en el hospital —al ver mi cara de susto, continuó, intentando tranquilizarme—, no están graves, pero les han dicho que tienen que permanecer en observación entre 24 y 48 horas.

—¿24 y 48? —dije yo, desanimada.

—Sí, efectivamente, aún no sabemos si podrán casarse mañana o no. Vamos a hacer una cosa, vamos a seguir con los preparativos excepto el ensayo general, claro, dando por hecho que sí van a estar aquí mañana.

Y así lo hicimos, aunque con el alma en un vilo y llamando cada poco al hospital para saber cómo se encontraban

Ese día me fui a la cama bastante esperanzada, ya que la última conversación que había tenido con ellos antes de acostarme fue tranquila, seguían con las molestias típicas de una intoxicación alimentaria, pero sin empeorar. Había esperanza de que les dieran el alta a la mañana siguiente, el día de la boda.

Pero a las ocho de la mañana del día 14, cuando volví a hablar con ellos, nuestras esperanzas desaparecieron.

—Acaba de pasar el médico —me dijo Lusiana—, estamos mejor, empezando a dar la vuelta, pero no nos quiere dar el alta aún. Ha dicho que, si todo va bien, mañana por la mañana podría ser.

—Lo siento en el alma, Lusiana —me salió tan solo. Acababan de anularle la boda maravillosa del 14 de febrero.

—Bueno, Katia, no te preocupes, si nos da el alta mañana nos casamos mañana. Y siempre recordaremos que pasamos el 14 de febrero, víspera de nuestra boda, con las manos entrelazadas de cama a cama en una habitación de hospital. También es muy romántico.

—La verdad es que eres muy positiva, da gusto oírte.

—Sí, lo soy. Pero ahora tampoco me está costando mucho serlo, estoy junto al amor de mi vida.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. En una circunstancia en la que yo habría montado un drama de proporciones épicas, Lusiana me estaba dando una lección de aceptación. Pero es que tenía razón, no había nada comparable a estar junto a tu ser amado, aunque fuera en una habitación

de hospital. ¿Qué más daban las fechas, qué más daba tener que atrasar la boda?. Sí, Lusiana era una mujer sabia y yo debía aprender de ella.

Pero enseguida me volvió a descolocar, porque me hizo una petición que no esperaba.

—Katia, te quiero pedir un favor.

—Dime sin problema.

—Verás, como ya ves que soy una optimista, estoy segura de que mañana tendremos el alta y podremos casarnos, solo un día después de lo pensado.

—Así lo espero.

—Por eso quiero que sigas con todo adelante como si no hubiera pasado nada. Y para asegurar me de que todo salga bien mañana, no podemos permitirnos otro imprevisto —añadió riéndose—, me gustaría que siguierais adelante con el ensayo general que dejamos ayer en suspenso.

—¿Pero cómo vamos a ensayar si no estáis vosotros?

—Se me ha ocurrido que tú hagas de mí y Lili de Javier —Me quedé un rato sin palabras, aquello era extraño, pero ella insistió—. Te lo pido por favor, Katia, hazlo hoy, a la misma hora a la que nos íbamos a casar, con músicos e, incluso, con el vestido puesto. Es la única manera de saber que todo va a encajar perfectamente mañana.

—De acuerdo, Lusiana —le dije al final—, en realidad lo teníamos todo previsto a la espera que os dieran el alta hoy, los músicos están a punto de venir, así como el resto de las personas que van a ayudar en la ceremonia. Solo me falta convencer a Lili para que haga de Javier.

—Eso no te va a costar nada, ya verás —me dijo ella.

Así que nada más colgar me puse manos a la obra. Y tal y como había adivinado Lusiana, Lili se mostró encantada.

Así que a eso de las once de la mañana empecé a vestirme.

La verdad es que al principio me daba un reparo enorme ponerme un vestido que no era mío y hacer un ensayo de una boda que no era la mía, pero Lili y Marta enseguida me animaron.

Se pusieron manos a la obra diciéndome todo el rato que le estaba haciendo un favor a Lusiana, así que me dejara de reparos y, de paso, disfrutara del momento.

Y acabé haciéndolo.

Y la verdad es que fue una experiencia maravillosa. El vestido me quedaba tan bien como en el atelier, pero es que encima Marta y Lili se empeñaron en peinarme y maquillarme:

—Ya sabemos que para el ensayo general no hace falta tanto detalle —me dijo Marta, mientras sacaba sus útiles de trabajo de una bolsa—, pero, Katia, te mereces tener un día especial, así que vamos a hacerlo completo, solo para que disfrutes.

A esas alturas, estaba totalmente emocionada con la experiencia, así que me dejé hacer como una niña con zapatos nuevos. Marta me hizo un semi recogido que dejaba parte de mi pelo suelto y que me quedaba de maravilla, y Lili me maquilló muy suave pero, al mismo tiempo, sacando lo mejor de mis rasgos. Estaba guapísima. De hecho, jamás en mi vida me he visto más guapa. Me atreví, incluso, a bromear, con el tema que tanto me había deprimido unas semanas antes.

—Como me voy a quedar para vestir santos, igual aprovecho y me caso con una planta cuando llegue ahora al lugar de la ceremonia.

Marta sonrió, pero de una forma enigmática que me dio algo que pensar, y Lili contestó algo extraño que no entendí:

—Bastante planta ha sido, sí, por suerte ha recordado que tiene piernas y sentido común.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, mirándola como si hubiera perdido la cabeza momentáneamente.

—Sal ahí fuera y lo verás —me dijo tan solo, abriendo de par en par la puerta que daba al jardín.

## Capítulo 25

Tuvieron que darme las dos un ligero empujón para que me pusiera a andar.

Todo estaba tal y como yo lo había dejado preparado: los macizos de flores por doquier, el templete del fondo, adornado con más flores, así como el caminito que llevaba a él. A los lados, las sillas de los invitados con su tela de color rosa como funda, y una rosa en el extremo del respaldo. También sonaba la música suave del cuarteto, que empezó a sonar en cuanto las puertas se abrieron.

Todo estaba igual y, sin embargo, todo era diferente.

Al fondo, bajo el templete, estaba Leticia. Elegantísima y con un libro en la mano, parecía ser ella quien iba a officiar la ceremonia.

La música que sonaba no era la sonata de Mozart que Lusiana había escogido, sino una canción moderna que, con violines y violas, sonaba como música celestial: era *Breathless*, de The Corrs.

Las sillas, que deberían haber estado vacías en ese ensayo, estaban todas ocupadas. Pero quienes las ocupaban no eran personas extrañas que yo no conocía. En el lado izquierdo estaban sentadas las personas que yo llamaba “mi gente”. Estaban mis amigas de Madrid con sus maridos. Estaba mi madre. Y a la derecha, entre personas que no conocía, vi al primo de Patrick, Andrew, a Charles y a la Condesa.

Y en ese momento, de un lateral a la altura del templete, apareció Patrick, vestido como el novio más maravilloso y más guapo que había visto en mi vida. Mirándome, sonriente, y con la mano extendida hacia mí.

Y yo, como si el extremo de sus dedos extendidos fuera un imán de polo contrario al mío, comencé a andar, a acercarme a él. Sonriendo también y con los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

## Epílogo

Han pasado dos semanas desde el día de la boda.

Escribo desde una isla paradisíaca del pacífico. Mi marido y yo estamos alojados en una casita sobre el mar, rodeada de azul turquesa. El lugar es de ensueño, pero yo estaría igual de feliz en cualquier sitio.

Porque estoy con Patrick.

Me casé con él sin saber muy bien qué había ocurrido, pero sin importarme: sólo lo veía a él, y le dije el “sí quiero” más intenso y lleno de amor que se había dado nunca. Pero después de la ceremonia me explicaron todo.

Me habían tendido una trampa, claro. Una trampa maravillosa.

A mi vuelta de Inglaterra, Leticia, Marta y Lili no se habían quedado de brazos cruzados y no habían ignorado mi sufrimiento, como yo había interpretado. Al contrario, se pusieron en contacto con Patrick y le montaron un pollo considerable: por tonto, por cobarde.

En su descargo, Patrick me contó que él ya había decidido dejar a Amanda y venir a por mí. Que lo había hecho al día siguiente de mi partida. Que el dolor y el vacío que había sentido con mi marcha había sido tan grande, que había visto, por fin, que su vida solo tenía sentido junto a mí. En cualquier caso, reconoció que el empujón de mis chicas de E. había sido definitivo para acelerar las cosas.

Y luego solo habían tenido que planear una boda sin mí.

Lusiana y Javier habían sido el señuelo. Eran pareja, por supuesto, y se habían casado el 14 de febrero, pero de cinco años atrás. Y no, aquel día no estaban en el hospital, sino en la ceremonia, también como invitados.

Convencer a mis amigas y mi madre para venir a mi boda les resultó lo más fácil y, aunque me costó creerlo, convencer a mi suegra no fue difícil tampoco. Lo cierto es que la mujer se había portado bien durante la ceremonia y el banquete posterior, y se había despedido de mí con dos besos en las mejillas.

A la vuelta tendría que lidiar con ella, porque seguía siendo una mujer envarada y difícil, y también tendría que ver cómo gestionaba con Patrick la información que tenía sobre su relación con Charles (aunque el hecho de que el criado hubiera venido a nuestra boda me daba que pensar que Patrick igual no era tan ajeno a la relación clandestina de su madre), pero ahora, aquí, en nuestra luna de miel, lo único que tengo que hacer es disfrutar de mi maravilloso marido.

Precisamente lo que voy a hacer ahora mismo que él acaba de emerger, desnudo, de las aguas en las que ha estado nadando, y se ha tumbado junto a mí en la terraza en la que yo me estoy tostado al sol, desnuda también.

Querida lectora, deseo que hayas disfrutado con Katia y Patrick como lo he hecho yo.

Si te gustan mis historias puedes leer otras novelas mías ya publicadas: la contemporánea [“¡No te soporto, vecino!”](#) y las novelas de romance histórico: [“ No necesito un vizconde“](#), [“Mi fiero favorita”](#), [“Matrimonio impuesto”](#), [“Mi Duque odiado”](#) [“El Duque canalla”](#).

El resto de mis novedades irán saliendo publicadas en mi [página personal de Amazon](#).

Olympia 🍷

[1] Boda.

